



LEWIS HAROC

LA LEY DEL TERROR





San Bernardo, 68 - MADRID

COLECCION

F. B. I.

Números publicados:

- Núm. 1.—¡CULPABLE!, por Alf Manz. (5.ª edición.)
» 2.—LA HORA GRIS por Alf Manz. (4.ª edición.)
» 3.—EL REY DEL HAMPA, por Fred Baxter. (3.ª ed.)
» 4.—EL COBARDE, por Alf Manz. (3.ª edición.)
» 5.—LUCHANDO EN LA SOMBRA, por Frank McFair.
(2.ª edición.)
» 6.—CONTRA SCOTLAND YARD, por Alf Manz.
(2.ª edición.)
» 7.—SU ALTEZA EL LADRON, por Fred Baxter.
(2.ª edición.)
» 8.—LA RUTA DE LA LOCURA, por Frank McFair.
(2.ª edición.)
» 9.—A LA OFENSIVA, por Eddie Thorny, (2.ª edición.)
» 10.—LA REDADA, por O. C. Tavin. (2.ª edición.)
» 11.—SHANGHAI, por Alf Manz. (2.ª edición.)
» 12.—GUERRA DE GANGSTERS, por Fred Baxter.
(2.ª edición.)
» 13.—¡SANGRE!, por Frank McFair. (2.ª edición.)
» 14.—LA REBELION DE LOS MUERTOS, por Alar Benet. (2.ª edición.)

- Núm. 16.—EL HOMBRE DE LAS TRES CARAS, por A. G. Murphy. (2.ª edición.)
- » 16.—TANGER, por Alf Manz. (2.ª edición.)
 - » 17.—¡TRAIDOR!, por O. C. Tavin. (2.ª edición.)
 - » 18.—TRAGEDIA EN BERLIN, por Eddle Thorny. (2.ª edición.)
 - » 19.—ALTA TRAICION, por Fred Baxter. (2.ª edición.)
 - » 20.—TERROR EN LA ACADEMIA DE QUANTICO, por Alf Manz. (2.ª edición.)
 - » 21.—EL DELATOR, por Alar Benet.
 - » 22.—ARMONIAS DE MUERTE, por Frank McFair.
 - » 23.—DESTINOS CRUZADOS, por Alf Manz.
 - » 24.—PERSECUCION, por O. C. Tavin.
 - » 25.—UNA CIUDAD ABIERTA, por Eddie Thorny.
 - » 26.—HORAS TRAGICAS, por A. G. Murphy.
 - » 27.—LA MUERTE ALADA, por Frank McFair.
 - » 28.—EL COLOSO DE HIERRO, por Alar Benet.
 - » 30.—TRAMPAS MORTALES, por O. C. Tavin.
 - » 31.—CONTRABANDO FUNESTO, por Frank McFair.
 - » 32.—NUEVA YORK SAN FRANCISCO, por A. G. Murphy.
 - » 34.—MUERTE EN EL CARIBE, por Alar Benet.
 - » 35.—SECUESTRO, por O. C. Tavin.
 - » 36.—EL DUEÑO DEL MUNDO, por Eddie Thorny.
 - » 37.—HERMANO CONTRA HERMANO, por A. G. Murphy.
 - » 38.—FILIBUSTEROS MODERNOS, por Fred Baxter.
 - » 40.—PALESTINA EN LLAMAS, por Frank McFair.

En preparación:

A LA DESESPERADA

I



A habitación era espaciosa y amplia, pero aún parecía mayor por la escasez de muebles, que la ocupaban. Una mesa de despacho, un par de archivadores y media docena de sillas constituían todo su mobiliario. Era uno de tantos departamentos para oficinas comerciales de los que se encuentran por miles en la isla de Manhattan, pero su ocupante debía ser muy descuidado, o no le iban excesivamente bien los negocios, a juzgar por el aspecto del departamento.

Su único atractivo consistía en el amplio ventanal que se abría sobre la calle Treinta y Dos Este, a veinte metros escasos de la Quinta Avenida.

Un rumor de colmena en actividad ascendía hasta la estancia, procedente de la espaciosa vía, donde la vida tomaba un ritmo

febril. Un río de coches avanzaba interminable y lentamente por ella, enmarcado por las aceras, donde una multitud de personas se dirigían presurosas a sus ocupaciones, y la barahúnda que aquel movimiento originaba se veía aumentada por los agudos pitos de los encargados de mantener cierto orden en la circulación, las sirenas que señalaban el paso de coches y peatones y el rumor de algún que otro avión que cruzaba raudo el espacio.

Era el máximo exponente del progreso y la civilización, que, con aquel manto de maravillosa actividad, ocultaba sus vicios, sus lacras y sus miserias.

Pero el único hombre que ocupaba aquel departamento, situado en el piso 14 de un lujoso inmueble destinado a oficinas, no hacía el menor caso de aquellos ruidos ni de aquel continuo movimiento.

Con un cigarrillo apagado entre sus labios, paseaba nerviosamente de un lado a otro de la estancia y en sus fríos y duros ojos grises se leía la impaciencia que le consumía.

Después de unos cuantos paseos, durante los cuales su impaciencia aumentaba en proporción geométrica, se detuvo ante el amplio ventanal, mirando hacia el pequeño trozo de cielo que se divisaba entre los imponentes rascacielos.

Luego fue a continuar su interrumpido paseo, pero en el mismo instante sonó el zumbador de la puerta, al mismo tiempo que ésta se abría, y dos hombres penetraron en la estancia, sin pedir permiso.

Albert Lavin se arrancó de la boca el cigarrillo a medio consumir y lo estrelló contra el suelo con un violento ademán. Luego se plantó ante los recién llegados. Era un hombre de mediana estatura, delgado y nervioso. Físicamente cualquiera de los dos hombres, que en aquel momento cerraban la puerta tras ellos, era superior a él, y, sin embargo, al verlos ante Lavin, inmóviles y empequeñecidos, esperando sus palabras con el temor retratado en sus semblantes, se percibía inmediatamente la sensación de su absoluta superioridad sobre ellos.

La crueldad se pintaba en sus ojos, pequeños e inquietos, y en la dura línea de sus labios, pálidos y finos, que no conocían la sonrisa de la alegría verdadera.

—Ya era hora de que llegaseis —masculló entre dientes—. ¿Qué habéis estado haciendo? Habéis tenido tiempo para dar la vuelta a

Nueva York.

No se ocupó de disimular el tono acre de su voz, que tuvo, sin embargo, la virtud de romper la tirantez del momento.

—No pudo ser antes, Lavin —replicó uno de los recién llegados, quitándose el sombrero, que dejó sobre la mesa, mientras se dejaba caer en una silla—. No fue cosa fácil convencer a ese Jackson de que debía seguir pagando.

—¿Qué pasó, Jarvis?

—Llegamos allá —prosiguió éste, encendiendo un cigarrillo y ofreciendo también a los otros— y nos metimos en su despacho. Al principio intentó gallear un poco, diciendo que no necesitaba protección de nadie, pero se apagó cuando le hice ver que cualquier noche podría ocurrirle un accidente —recalcó esta palabra, mientras sonreía significativamente—, un baño involuntario en el río del Este, por ejemplo. Total, que seguirá pagando.

—Se decidió al pensar en lo fría que está el agua —agregó el otro hombre, riendo él sólo su propia ocurrencia—. Luego hubo un taponamiento en el puente de Williansburgo, Lavin. Por eso hemos tardado más...

Lavin le miró fríamente.

—Cállate, Carter —le espetó luego al otro—. Eso no me interesa. Sigue, Jarvis. ¿Qué pasó con Horton?

—Fuimos a verle, así como a Butler —prosiguió Jarvis, mientras en los ojos de Carter se reflejaba la ira que le produjo la brusca interrupción de Lavin—. Siento decirte que con estos tipos no tuvimos la misma suerte que con Jackson.

—Se negaron a seguir pagando, ¿eh? —preguntó Lavin, mientras una mueca siniestra se pintaba en su cara—. ¿Les advertiste a lo que se exponían?

Jarvis y Carter movieron la cabeza afirmativamente. Lavin dio un fuerte puñetazo sobre la mesa, que hizo saltar unas gotas de tinta fuera del tintero.

—No saben lo que han hecho esos idiotas —exclamó, iniciando de nuevo su ir y venir por la estancia, mascullando maldiciones, mientras sus acompañantes observaban en silencio su rostro amenazador.

Por fin interrumpió su paseo delante de Carter, con los pulgares metidos en las sisas del chaleco, con tal expresión de crueldad

retratada en su rostro innoble, que Carter se hizo a un lado, desviándose, temeroso, de la línea de su mirada.

—¿Qué vas a hacer, Lavin? —preguntó luego con voz no muy firme.

Éste pareció no haber oído su pregunta. Su mirada permanecía fija en un punto indeterminado, tornándose más dura por momentos.

De pronto soltó una carcajada, corta y sardónica, que más se asemejaba a la risa de una hiena, como expresión de la alegría satánica que le invadía, y sus compañeros adivinaron que había encontrado la forma de reducir a los que se oponían a sus deseos.

—Hay que dar un escarmiento, Jarvis, ¿no os parece? porque si no lo hacemos, podría cundir el ejemplo y estropearnos el negocio. Pero no los liquidaremos, no —agregó, apretando el puño ante las narices de Jarvis—. Los quiero ver humillados ante mí, ofreciéndome su dinero. Por esta vez no habrá muertos, pero les vamos a gastar a esos tipos una pequeña broma —rió de nuevo de buena gana—. Enfrentarse conmigo, con Albert Lavin. Se necesita estar loco para hacerlo. No saben lo que se han buscado...

—¿Has pensado algo? —preguntó Jarvis con curiosidad.

—Ya lo veréis dentro de un rato. Vamos, muchachos —agregó, tomando su sombrero de una percha de pie—. Os aseguro que os vais a divertir esta tarde...

—¿No vas a decirle nada al jefe? —insinuó Carter.

—¡Al diablo el jefe! Esto es cosa mía, y lo haré, le parezca bien o no.

La calle de St. James, situada en pleno corazón de Brooklyn, era relativamente tranquila, a pesar de los numerosos comercios que en ella abrían sus puertas.

El día tocaba a su fin y ya los anuncios luminosos lanzaban al cielo sus guiños multicolores. Entre ellos, descollaba el gran anuncio y los iluminados escaparates de Butler and Butler, joyeros.

La joyería de Butler era casi una institución en el Brooklyn neoyorquino por su antigüedad y por la gran variedad de las mercancías que expendía. No era una joyería en la más exacta acepción de la palabra, porque no expendía joyas caras, pero el negocio marchaba viento en popa, porque sus excelentes imitaciones tenían la más favorable acogida entre la gente del

barrio de Kensington, donde estaba enclavada.

Ya habían salido los dependientes de la rienda y el viejo Butler se disponía a cerrar el establecimiento, después de despachar a una clienta remolona. El comerciante apagó las luces del amplio escaparate lleno de excelentes muestras de orfebrería barata, cuando de pronto advirtió con espanto que un viejo camión, un pesado armatoste que sería el último grito de la mecánica en la guerra de 1914, se lanzaba contra su establecimiento.

El hombre que lo conducía pisó resueltamente el acelerador e inmediatamente saltó del camión, en el mismo momento en que el vehículo, saltando el borde de la acera, se precipitaba contra el amplio escaparate.

Al ruido de cristales rotos se mezclaron los gritos de los transeúntes y las imprecaciones del comerciante, que se llevaba ambas manos a su calva cabeza, ante semejante estropicio.

El camión atravesó el escaparate y penetró en el establecimiento, chocando violentamente contra la vitrina circular situada en el centro del mismo, y un segundo después, la bomba que llevaba en su interior explotaba, con horrisono tronar, dentro del estrecho marco de la tienda, provocando con su explosión la rotura de las vitrinas que habían quedado indemnes y de la mayor parte de la cubierta de estuco que decoraba el establecimiento, mientras Butler, proyectado contra la pared, se maldecía en silencio por haber intentado enfrentarse con los desalmados causantes de su ruina.

No podía decirse, en realidad, que el

Lively's

fuera el mejor salón de Brooklyn, pero en honor a la verdad, hay que reconocer que figuraba entre los más florecientes de esta clase de establecimientos.

Situado en plena calle de Fulton, la vía más importante del Dormitorio de Nueva York[1], a quinientos escasos metros del puente de Brooklyn, principal desembocadura de la circulación del Manhattan en aquel Municipio de la ciudad.

Lively's

se adornaba todas las noches con la presencia de una escogida concurrencia, que dejaba en la caja buenos beneficios a cambio de

pasar unas horas agradables cenando y bailando luego a los compases de las modernas melodías, interpretadas por afamadas orquestas o por las cantantes que míster Horton, su dueño, contrataba con la mayor escrupulosidad.

Aquella noche el salón presentaba un aspecto deslumbrador. Estaba anunciado el debut de la famosa Virginia Pryce y la animación era extraordinaria, de acuerdo con la expectación que existía por escucharla, por lo cual Horton daba por bien empleada la enorme cantidad que le costó la contrata de tan celebrada artista.

Una discreta semipenumbra envolvió las rutilantes arañas de cristal, los ricos adornos de las paredes y la elegante multitud que esperaba que la linda Virginia les amenizase la digestión, y con la luz se apagó también el rumor de voces que llenaba el local.

La orquesta atacó una de las más famosas creaciones de la artista y un foco de luz, de cambiantes colores, fue a buscar a ésta a la entrada del «plató». Su aparición fue acogida con nutridos aplausos y exclamaciones de entusiasmo por la selecta concurrencia.

Antes de comenzar a cantar, Virginia Pryce ya se había apoderado del público masculino con la magia y el hechizo de su presencia.

Una blonda cabellera rubia enmarcaba un rostro bellísimo, donde su boca, aquella boca única, sonreía dichosa al contemplar a los hombres que aplaudían con frenesí, rendidos al conjuro de su belleza.

Las líneas de su cuerpo escultural se movían cadenciosamente al compás de la melodía, dibujándose suavemente bajo su vestido de tisú de plata, de amplio escote, en el cual lucía un magnífico collar. Un cintillo de claveles rojos destacaba su bullicioso color a un lado de su cintura, y ellos y el collar, unidos a su belleza sin par, constituían todo su adorno.

Cuando el más expectante silencio se hizo a su alrededor, Virginia comenzó a cantar con voz clara y dulce su popular canción «Siempre mía,» prendiendo el ánimo de todos los presentes con el embriujo de su arte y de su voz acariciadora.

Pero aquella linda canción estaba destinada a tener un fin trágico. En la penumbra del salón el círculo de luz de cambiantes colores seguía las evoluciones de la estrella, que parecía una

plateada mariposa que pugnaba por evadirse de él. Los circunstantes guardaban el silencio más absoluto, de forma que la voz de Virginia Pryce se elevaba, melancólica y cadenciosa, por encima del auditorio, cantando las últimas estrofas de la canción:

«Tus ojos son
dos estrellas del Cielo,
que el Señor
mandó coger a dos ángeles
de alguna constelación
y ponerlas en tu cara
para que finjan amor».

La nutrida salva de aplausos que ella esperaba como colofón a su canto no llegó a estallar.

Cuando su voz se apagaba lentamente, el hechizo se rompió bruscamente por una voz autoritaria que gritó desde la entrada:

—¡Que nadie se mueva de su sitio!

Por un momento los presentes no comprendieron el significado de aquellas palabras: tan brusca fue la transición. Las luces se encendieron y por una décima de segundo la escena quedó paralizada, semejando aun corte de película; luego, todas las caras se volvieron hacia el lugar de donde había partido la orden y una exclamación de sorpresa surgió de muchos labios, porque ocho hombres, enmascarada la parte inferior de sus rostros con sendos pañuelos negros y el ala del sombrero bien echada sobre la frente, cubrían todo el recinto con el mortífero abanico de las pistolas que empuñaban firmemente.

Una mujer lanzó un grito, que resonó trágicamente en el silencio abrumador que envolvía la escena, y otras comenzaron a guardar disimuladamente sus joyas.

—Pongan las manos en alto —ordenó Lavin, avanzando hacia el centro del salón, seguido por cuatro de sus hombres, mientras los otros tres proseguían en la entrada en vigilante actitud.

Virginia Pryce retrocedió hacia el piano al ver llegar a su lado al pistolero, mientras los concurrentes levantaban sus brazos, obedeciendo la orden.

—No te asustes, encanto, que no te haremos ningún daño —dijo Lavin dirigiéndose a la muchacha—. No, no, tampoco queremos tus

joyas. Esta noche me voy a permitir el lujo de ser galante —agregó, al ver que ella se llevaba la mano al collar—. En cambio, sí quisiéramos que cantases para nosotros esa linda canción. ¡Vamos, canta he dicho!

La transición de su tono, que parecía amable, a la brusquedad con que pronunció sus últimas incisivas palabras, hizo que Virginia se echase hacia atrás, atemorizada.

—Vamos, tú —agregó el pistolero, mirando al pianista, mientras jugaba con su pistola—. Dale a tu maldito cacharro. Tocad, como si no ocurriese nada.

Virginia comenzó de nuevo a cantar con voz temblona, acompañada por la orquesta, cuyos componentes miraban, temerosos, a los pistoleros más que a sus partituras.

—Vaya manera de desafinar —comentó Lavin riendo y su risa heló la sangre de los presentes. Luego se volvió a sus hombres—: Venga, Jarvis, Carter, empezad la función mientras yo escucho esto.

Sus compañeros se distribuyeron entre las mesas y pocos segundos después comenzó a oírse, mezclados con las estrofas de la canción, el ruido de las vajillas al estrellarse contra el suelo. Virginia Pryce proseguía su canción bajo la amenaza del negro cañón de la «Luger», pero en su voz había una nota de angustia y de temor que convertía la romántica canción en una caricatura de sí misma.

Todo lo que había en el salón de algún valor, cuadros, vajillas, lámparas, decorados, fue destrozado en pocos minutos por la furia satánica de aquellos hombres, que dejaron el salón como si cien caballos locos se hubieran metido en él.

—Ya está bien. Vámonos —ordenó Lavin, cuando ya no quedó nada por destruir—. Es peligroso seguir aquí.

Los pistoleros iniciaron la retirada sin dejar de vigilar a los presentes, mientras acababan de llenarse los bolsillos con las joyas de las señoras y de los hombres, que arrancaban sin la menor consideración de sus dedos, de sus escotes o de sus bolsillos.

Carter cerraba la marcha, andando de espaldas hacia la salida, sin dejar de encañonar a los asistentes con su arma. Cerca ya de la puerta vio un hermoso alfiler, que lucía, tentador, en el escote de una linda muchacha, y alargó la mano, como una garra, para apoderarse de él.

El rostro del joven, alto y fornido, que acompañaba a la muchacha se tornó ceniciento y su brazo salió disparado, colocando un terrible impacto en el rostro del pistolero, que cayó al suelo cuan largo era.

Lavin se volvió en el preciso momento en que en la mano del joven brillaba el negro cañón de una pistola, que escupía fuego sobre Carter.

El rugido de las tres pistolas resonó siniestramente durante unos segundos dentro del local.

Los disparos de Carter y Lavin alcanzaron al muchacho, que cayó hacia adelante, hecho un ovillo, llevándose ambas manos al vientre, mientras de la cabeza de Carter surgían dos hilillos de sangre que comenzaron a extenderse sobre la alfombra.

—¡Ronald, oh Ronald! —gritó la joven, abalanzándose hacia el cuerpo de su acompañante.

—Vamos —gritó Lavin—. Hemos hecho demasiado ruido. Vámonos, digo.

—¿Vamos a dejar ahí a Carter? —preguntó indeciso uno de sus hombres.

—¿Quieres que nos atrapen por cargar con su cadáver? Yo, por mi parte, no tengo el menor deseo. Vamos, a los coches.

Según se encaminaban rápidamente hacia la salida se les fueron agregando otros hombres que mantenían a raya a los porteros y camareros, y ganaron la calle, donde esperaban dos grandes automóviles con los motores en marcha.

Los pistoleros se lanzaron hacia ellos, sin ser molestados por nadie, y los dos vehículos desaparecieron a gran velocidad, mientras un coche de la Policía aparecía por el otro lado de la calle.

II



I a un observador imparcial se le hubiera preguntado si Michel King era guapo hubiera tenido que contestar que no lo era. Quizá sus ojos fueran demasiado pequeños y su boca un tanto fina; pero de lo que no cabía duda era que la delgadez de sus labios y las acusadas líneas de su mentón daban a su rostro un aspecto de resolución y de confianza en sí mismo, suavizados un tanto por la infantil expresión de sus ojos.

Por lo demás, no parecía ser un hombre quien preocupase extraordinariamente las conveniencias sociales, a juzgar por su sombrero echado descuidadamente hacia atrás, su corbata un tanto ladeada y sus zapatos no demasiado limpios.

En aquel momento se entretenía en contemplar, a través del

amplio ventanal, la poco concurrida plaza —remanso de paz en el ajetreo de la gran ciudad—, donde se abrían las puertas del Palacio de Justicia de Nueva York.

De pronto, su mirada se posó en un hombre que cruzaba la plaza en aquel momento, con paso elástico.

—Caramba —murmuró—. Si es Alan Hamlym. Y viene hacia aquí...

Por un momento rememoró los días, aún no muy lejanos, en que Alan y él cursaban sus estudios en la Escuela del

F. B. I.,

en Quantico, especializándose en combatir el imperio de los fuera de la ley.

—Si supiera dónde iba... Me gustaría saludarle —murmuró de nuevo.

Hacía más de un año que habían salido de la Escuela y no se habían vuelto a ver desde entonces. Michel solo sabía que Alan había sido destinado a cierto país de Europa.

La puerta de la estancia donde se encontraba se abrió. Michel volvió la cabeza, viendo con alegría cómo Alan avanzaba hacia él, sombrero en mano, que tiró al pasar junto a un sillón, para tenderle los brazos.

—¡Pero si es Michel King! —exclamó alegremente.

—¿Cómo estás, Alan? Te vi cruzar la plaza, pero no supuse que vinieras aquí.

Los dos amigos se fundieron en un estrecho abrazo, mientras el ordenanza cerraba de nuevo la puerta. Luego se separaron y se contemplaron sonrientes durante unos segundos, mientras Alan sacaba un paquete de cigarrillos.

Medio minuto después, sentados en dos amplios sillones, charlaban de sus días de Escuela y de los asuntos en que habían intervenido.

—Yo estoy un poco harto de todo esto, Michel —confesó Alan. Tú, al fin y al cabo, por lo que me has contado, has tenido emociones y ocasión, de demostrar lo que vales, pero yo...— sacó de su funda una pistola flamante y prosiguió: —Mírala, ni siquiera he tenido ocasión de usarla. Esto no es lo que soñé en la Escuela. Yo pensaba en luchas, en tiros, en emocionantes aventuras y en peligros sin cuento. Eso fue lo que me llevó allí, y ¿qué he hecho

hasta ahora? Nada. Vegetar en Francia, agregado a un mando militar, luchando contra espías de menor cuantía.

Tiró el cigarro a una escupidera que tenía al lado, mientras Michel le miraba divertido.

—Querido Alan. Me parece que tus deseos se van a ver cumplidos y que vas a tener esas emociones que tanto deseas.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Alan, inclinándose hacia él con los ojos brillantes—. Tú sabes algo. ¿Por qué nos han llamado?

—Supongo que querrán encargarnos algún caso. Nuestro primer caso —recalcó Michel—, para ver cómo nos desenvolvemos en él. Quizá no sea muy importante, pero a veces surgen sorpresas, Alan, y donde menos se espera, encuentras una oportunidad.

—Dios te oiga, Michel, porque estoy más desilusionado que un niño que descubre de pronto que su padre no es el héroe de las aventuras que le ha contado, sino un pobre mortal como los demás y...

La puerta se abrió en aquel momento y el ordenanza que apareció en el umbral anunció:

—Señores, el inspector McKintosh les espera. Tengan la bondad de seguirme.

Le acompañaron a través de un largo pasillo en cuyo fondo se abría una puerta, a la cual llamó el ordenanza con los nudillos.

—Pasen —ordenó una voz desde dentro.

Michel y Alan obedecieron, encontrándose en una habitación de vastas proporciones, pero no vieron en ella más que a una persona, a la última que esperaban encontrar allí, que les tendía, sonriente, ambas manos.

—¡Inspector Hunter! —exclamaron ambos a la vez, estrechando las manos que aquél les tendía.

—Hola, King. Alan, ¿cómo vas de tu brazo roto? ¿Te resientes de aquella fractura?

Una vez pasadas las efusiones del primer momento, Michel y Alan se percataron de que había otra persona en la habitación.

Hunter efectuó las presentaciones.

—El inspector McKintosh, de la Policía Metropolitana de Nueva York. Michel King y Alan Hamlym. Los tuve como alumnos en la Escuela y puedo asegurarte que es de lo mejorcito que tenemos en el

F. B. I.

Los dos jóvenes se sintieron halagados ante el elogio, por venir de quien venía, mientras estrechaban la mano del inspector McKintosh.

—Tengan la bondad de sentarse —dijo luego éste—. Es un poco largo lo que tengo que decirles. Lo que tenemos, mejor dicho —agregó, mirando a Hunter con una sonrisa.

Era un hombre agradable el inspector McKintosh, y su rostro, franco y sereno, y sus maneras corteses lograron disipar el resto de desconfianza que aún anidaba en el pecho de ambos amigos.

No eran extremadamente cordiales las relaciones entre el

F. B. I.,

y la Policía de los diversos Estados. Ésta no podía ver con agrado el ilimitado poder de que gozaba aquel servicio especial, que arrancaba de su jurisdicción todos aquellos casos en que quedaba en entredicho la autoridad o la seguridad del Estado, que eran, precisamente, los más interesantes.

Asaltos a Bancos nacionales, secuestros, robos de planos de armas nuevas, espionaje, secretos atómicos y alta traición, todos los casos en que había mayores posibilidades de lucimiento, entraban de lleno en el campo de la magnífica institución, que sabía resolverlos certeramente, acrecentando su prestigio de día en día.

Pero en los ojos del inspector no había recelo alguno, ni el menor asomo de envidia o malquerencia en sus palabras, y eso fue suficiente para que Michel y Alan respondiesen a la nobleza con la nobleza.

Sentados al otro lado de la mesa del inspector, escuchaban sus palabras. Ante ellos, un plano de Nueva York mostraba la monstruosa grandeza de la urbe.

—Caballeros —comenzó McKintosh—: el «gangsterismo», que creíamos muerto, ha vuelto a hacer su aparición en esta ciudad. Abolida la Ley seca, el contrabando de licores ya no tiene objeto; pero las mentes perversas de las personas que se niegan a vivir dentro de los cauces legales, no cesan de imaginar medios para conseguir dinero por vía ilegal.

—El inspector Hunter, con quién me une una gran amistad, ya está al corriente de lo que ocurre, y ha sido él precisamente quien me ha pedido que deje este asunto al

F. B. I.

—¿De qué se trata? —preguntó Michel.

—Desde hace un par de meses, la ciudad se ve azotada por una banda de malhechores, que se dirige a los más importantes comercios de Nueva York, ofreciéndoles su protección a cambio del pago de cierta cantidad.

—Y ¿de qué tienen que protegerlos? —preguntó Alan.

—De ciertos peligros inexistentes, por supuesto —prosiguió McKintosh—. Al comerciante que no se aviene a sus exigencias le advierten que se expone a una serie de desgracias, que, naturalmente, parten de la propia cuadrilla, y que llegan desde destrozarle el establecimiento hasta perder la vida alguna noche a manos de un desconocido.

—Ya, ya —exclamó Michel. La verdad era que estaba desencantado. Se había imaginado que iban a encargarles de algo más importante que aquello.

—¿No te gusta el asunto, Michel? —preguntó el inspector Hunter sonriendo.

El muchacho le miró francamente.

—No mucho, a decir verdad. Me parece demasiado sencillo. Al fin y al cabo, no son más que vulgares «chantajistas». Es un asunto que no cae dentro de la competencia del

F. B. I.,

no comprendo por qué la «Poli» de Nueva York ha pedido nuestra ayuda para resolverlo.

Hunter le miró, pero ya no sonreía. Luego se levantó y comenzó a pasear por la estancia, con las manos en los bolsillos del pantalón, mientras Alan miraba a su compañero, como asombrado de su audacia.

—Comprendo tu modo de pensar, Michel —dijo al fin Hunter, parándose ante el joven—. Pero voy a contestarte: tú eres uno de los hombres más valerosos del

F. B. I.

Por algo estás encuadrado en la División, de Honor. Y Alan —se volvió hacia él— ha demostrado su sagacidad en Francia. ¿Crees que iba a encargar un asunto de poca monta a dos de mis mejores hombres?

Michel le miró, interesado por sus palabras.

—No es un asunto tan fácil como te imaginas, hijo —prosiguió Hunter—. Esos bandidos son los descendientes de aquellos otros «gángsters», han heredado sus métodos, y son más sanguinarios y crueles aún que ellos. Además, han aprendido en la guerra el manejo de las armas más modernas y esto les hace doblemente terribles. No son vulgares «chantajistas» que se asustan de las amenazas, son chacales decididos a todo.

Su voz se apasionaba por momentos, y sin duda para desahogarse reanudó su paseo, pero éste sólo duró unos segundos, durante los cuales sólo se oyó en la estancia el rumor de sus pasos y el murmullo lejano de la vitalidad de la urbe.

—Tienes razón al decir que este asumo no es de nuestra competencia, muchacho —prosiguió Hunter, parándose de nuevo—; pero no ha sido la Policía de Nueva York la que ha pedido que nos encarguemos nosotros de él. Ellos han hecho en el asunto suficientes progresos para solucionarlo por si solos, pero he sido yo quien ha rogado al inspector McKintosh que lo ponga en nuestras manos. ¿Y sabes por qué?

Se inclinó hacia Michel al hacerle esta pregunta, y el joven, fascinado ante lo que estaba oyendo, no pudo más que mover la cabeza negativamente.

Hunter le miró muy serio.

—¿Te acuerdas de Ronald Cooper? —preguntó—. Era de nuestra misma promoción.

—Claro que sí, inspector. ¿Cómo no me voy a acordar de él si es uno de mis mejores amigos?

—Era —repuso Hunter con voz fría.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Michel, presintiendo algo de lo que Hunter iba a decirle.

—Ronald reposa desde hace dos días en el cementerio de St. Francis.

Alan permaneció inmóvil en su asiento, mientras Michel se ponía en pie de un salto.

—Asesinado por ellos, ¿no? —interpeló con voz ronca.

—Sí. Estaba en el

Lively's,

hace unas noches, cuando esos asesinos asaltaron el salón. Estaba con su prometida y fue el único que se atrevió a hacerles frente.

¿Comprendes ahora por qué he pedido que este asunto pasara a nuestra jurisdicción? —señaló el plano con su dedo—. En algún lugar de esta ciudad están los hombres que lo asesinaron, Michel. Por tu honor, por el del Cuerpo a que sirves, te ruego te encargues del asunto y no lo abandones hasta...

—No siga, Hunter, no siga —interrumpió Michel—. ¿Cuándo empezamos? Le juro que no descansaremos hasta conseguir que esos asesinos den guardia de honor al pobre Ronald.

Hunter le puso una mano sobre el hombro.

—Así me gusta, Michel. Sabía que lo harías gustoso en cuanto supieras esto. Podría haberte obligado a encargarte del asunto, pero ya sabes mi lema: «Hacer las cosas con gusto, o no hacerlas». Ahora, sentémonos; el inspector McKintosh os dirá el resultado de sus investigaciones.

—Bien poco hay que decir —repuso aquél cuando se hubieron acomodado—. Hace tiempo veníamos sospechando que algo anormal ocurría, pero nada podíamos hacer, porque los comerciantes, atemorizados, no hacían ninguna denuncia.

»Uno de ellos, sin embargo, fue asesinado, seguramente por no doblegarse a sus exigencias. Entre sus papeles, encontramos dos resguardos de giros a cierta dirección. Sospechando lo que ocurría hicimos investigaciones por este lado.

»El lugar donde enviaban los giros era una casita de campo, una especie de cabaña, mejor dicho, situada en las afueras de Patterson; pero con gran sorpresa nuestra, allí no vivía más que un viejo medio sordo, que era la persona a quién iban enviados los giros.

»Cuando le preguntamos sobre la procedencia del dinero, nos replicó que todos los meses recibía giros por el alquiler de numerosos cuartos y oficinas comerciales, que su jefe poseía en Nueva York, y que él, una vez recibidos todos, le remitía a su vez al jefe...

—¿A qué dirección? —preguntó Michel, disponiéndose a apuntarla.

McKintosh sonrió.

—No hay ninguna fija. A los tres o cuatro días de tener el dinero, el viejo recibe una nota, diciéndole dónde tiene que enviarlo. Unas veces es a un hotel, a nombres siempre distintos; otras, a un Banco; en fin, nos convencimos de que el hombre que

maneja los hilos del tinglado es astuto, y no insistimos más sobre el asunto cerca del viejo, haciendo como que nos tragábamos su explicación, pero dispuestos a vigilarle, cuando ocurrió lo de... bueno, lo del

Lively's,

y el inspector Hunter me pidió que suspendiese las investigaciones y dejase el asunto al

F. B. I.,

teniendo en cuenta la identidad del asesinado.

Michel se echó para atrás en su asiento.

—Bueno —dijo al fin—. Me parece que se impone una visita a ese viejo.

—Yo no lo haría, muchacho —replicó McKintosh—. Sí el hombre que se oculta detrás de todo esto se apercibiera de que la Policía anda detrás del asunto, podría abandonar la empresa, y entonces me temo que el asesinato de su amigo quedaría impune.

—El inspector tiene razón, Michel —intervino Alan—. Dejémosle creer que nos hemos quedado convencidos con la explicación del viejo, y que sólo nos llevó a investigar el hecho de que un hombre como él recibiese tanto dinero. Déjalo que se confíe. Ya encontraremos el medio de enfocar el asunto de otra forma.

Michel comprendió que Alan tenía razón y no insistió más.

—Vayan a ver a este hombre. Tiene una tienda de flores y también paga su canon a sus protectores, pero se ha prestado a ayudarnos, cuando supo que estábamos enterados del asunto —dijo McKintosh, entregándoles un papel donde había apuntado unas señas.

Los dos jóvenes se levantaron de sus asientos, y ambos inspectores les imitaron.

—Buena suerte, muchachos —les deseó Hunter, estrechando sus manos—. Y no olvidéis que el prestigio del

F. B. I.,

está en vuestras manos.

—Descuide, Hunter. Adiós, inspector —dijo Michel.

—¡Ah! —exclamó McKintosh—. Y no olviden que toda la Policía de Nueva York está detrás de ustedes. Si se ven en apuros, llamen aquí —apuntó un número en un papel, que entregó a Alan—, y digan «Urgencia» al hacer la llamada.

—Gracias, inspector. Procuraremos arreglarnos solos.

Y los dos amigos salieron del despacho, dispuestos a luchar con tesón para solucionar satisfactoriamente el primer caso serio que tendrían que resolver solos y vengar cumplidamente el alevoso asesinato de su compañero.

III



ICHEL y Alan, sentados ante los restos de una succulenta comida, contemplaban la vida con la satisfacción que da un estómago lleno.

Michel acabó de apurar su cigarrillo y aplastó la colilla contra un plato.

—¿Por dónde vamos a empezar? —preguntó Alan.

Durante la comida habían trazado su plan de batalla, tratando de encontrar el medio de ponerse sobre la pista de los asesinos de su compañero, pero no habían conseguido llegar a encontrar un medio satisfactorio.

—Mal asunto eso de pensar con el buche repleto, ¿no te parece, Alan?

Éste afirmó, sonriendo, y luego agregó:

—Sin embargo, tenemos que hacer algo, amigo.

—Sí, sí, ya lo sé. Pero descartado el poder acudir al viejo ése, no sé... —Michel pasó la mano por la nuca, como sí, por frotación de la misma, pudiera brotar una idea en su embotado cerebro, mientras el comedor se iba quedando vacío.

—Mira, Alan —dijo al fin—: los vapores del vino no me dejan pensar y supongo que a ti te debe pasar igual, a juzgar por la cara de marmota soñolienta que estás poniendo. ¿Por qué no nos vamos a dar un paseo en coche? Eso nos refrescaría las ideas y...

—No está mal pensado. Vamos —replicó Alan, poniéndose en pie—. Estoy deseando actuar y cualquier cosa que signifique movimiento me vendría bien.

Poco después el coche, conducido por Alan, se unía al inmenso tráfico rodado del Manhattan neoyorquino.

—¿Dónde vamos? —Inquirió Alan.

—A algún sitio donde no tengamos tanto ruido como aquí.

Alan guió el coche con mano maestra hasta alcanzar la Avenida D, torciendo luego por la calle Delaney, y unos segundos después cruzaban el río del Este, por el puente de Williamsburgo, y desembocaban en la calle Broadway, alcanzando por ella el corazón de Brooklyn. Pocos minutos después desembocaban en el barrio de Queen's

y tomaban la carretera que bordea Long Island a todo lo largo del Atlántico.

La brisa fresca del mar llegaba a ellos cargada de olor a sal y algas.

Era algo reconfortante, que se agradecía doblemente después del aroma, mezcla de gasolina, sudor y perfumes, que imperaba en Nueva York.

—Conduces muy bien, Alan —indicó Michel.

—En Quantico fue el número uno en la materia.

Pero ninguno de los dos tenía el pensamiento puesto en sus triviales palabras, ni en la hermosura del paisaje, sino en algo más importante: en la forma de establecer contacto con ciertos individuos que unas noches antes habían asesinado a un hombre bueno.

Seaford quedó atrás, con sus lindas villas de madera blanca, rodeada de jardines multicolores, y avistaban ya las primeras casas de Amitiville, cuando, de pronto, Michel exclamó, dando un

respingo:

—Ya lo tengo, Alan, ya lo tengo.

Alan redujo bruscamente a la mitad la velocidad del coche.

—Está bien, hombre —dijo luego—; pero otra vez avisa o, de lo contrario, veo tus sesos estampados en un árbol.

—Vuelve el coche, regresamos a Nueva York. Hemos de comenzar a actuar inmediatamente.

—¿Qué vamos a hacer? —inquirió Alan, mientras volvía el coche en un recodo de la carretera.

—Písale fuerte al acelerador, Alan —acució Michel—. Me corre prisa llegar... estoy ardiendo por empezar...

Durante cerca de media hora el coche voló por la cuidada carretera, sin que Alan hiciera pregunta alguna. Sabía que Michel pensaba muy intensamente, tratando de dar forma a su pensamiento, y no quiso distraerle.

Las millas quedaban atrás y los primeros edificios de Queen's

estaban a la vista, cuando Michel lanzó una breve carcajada e hizo a su compañero una sorprendente pregunta:

—Alan, ¿has sido comerciante alguna vez?

Alan volvió la cabeza durante una décima de segundo.

—No, nunca —replicó—. ¿Por qué?

—¿Te gustaría tener una tienda de flores?

Alan sonrió, sin apartar sus ojos del camino que seguían.

—Oye: ¿te ha sentado mal el vino? —preguntó. Pero de pronto comprendió la idea de su amigo, y exclamó—: Es estupendo, Michel; has tenido una idea excelente. ¿Dónde vamos?

Michel sacó un papel del bolsillo de su americana, y leyó:

—Calle de Garfield, número veintiuno. Eso cae por el Prospect Park, si no me equivoco. Veremos a ver si es cierto que ese hombre está tan bien dispuesto para ayudarnos como nos dijo el inspector McKintosh.

Alan paró el coche ante la puerta de la floristería unos minutos después, y ambos descendieron de él, encaminándose decididamente al establecimiento.

Una linda muchacha estaba sentada ante la caja, atendiendo a una obesa mujer, que portaba un abultado ramo de rosas.

—Oiga, encanto: ¿está míster Green? —preguntó Michel.

La gruesa señora le miró de arriba abajo despectivamente y abandonó el local, con aire de reina ofendida.

—Se ha creído que se lo has dicho a ella —aclaró Alan.

La joven cajera admiró descaradamente la hermosa estampa de Michel, que no pestañeó siquiera.

—¿Qué le parezco? —preguntó, cuando creyó que la muchacha le había mirado bastante.

—Es una lástima que no tenga otra cara —replicó ella.

—¿Quién lo ha dicho? —contestó Michel de buen humor—. Tengo otra, pero la dejé en casa. La traeré otro día.

La chica rió de buena gana, mientras Alan se impacientaba.

—Bueno, ¿está o no está míster Green? —preguntó éste al fin, sin poderse contener.

—Pues anda que no tiene usted prisa —masculló la cajera, cesando de reír.

—No le haga caso, preciosa —intervino Michel—. Tiene úlcera de estómago y, a veces, se pone insoportable. ¿Dónde está el jefe?

—Mírelo, ahí viene —indicó la joven, señalando con la barbilla a un hombre que se acercaba.

El dueño del establecimiento se acercó a ellos, respirando cordialidad. Era un hombre bajito y regordete, de maneras agradables y virtuosas, que, sin duda alguna, había oído la pregunta de Michel, porque preguntó a su vez:

—¿Me buscaban, caballeros? ¿En qué puedo servirles? —Su voz tenía un tono atiplado que hizo bailar de risa las vísceras de los dos agentes, aunque no lo demostraron.

—Quisiéramos hablar con usted. Es sólo un momento.

—Pasen a mi despacho. Alina —dijo, dirigiéndose a la muchacha de la caja—: procure que no nos moleste nadie.

El olor espeso y empalagoso de miles de flores diversas inundaba también el pequeño despacho de Green, casi hasta el punto de despertar náuseas. El hombrecillo les ofreció asiento, y el quedó en pie ante Michel, que, sentado como estaba, era casi tan alto como él.

—Alan, enséñale eso —dijo el agente, encendiendo un cigarrillo.

Su compañero sacó una placa plateada que brilló durante un segundo sobre su mano abierta.

—Somos del

F. B. I.

—anunció innecesariamente, pues ya el florista había reconocido la insignia.

La abundante papada de míster Green se conmovió en un momentáneo temblor de sorpresa.

—Yo... yo... —balbució—. Bueno... ¿qué desean de mí?

—No se alarme —le tranquilizó Michel—, no hay nada contra usted. Nos envía el inspector McKintosh, para ver si puede ayudarnos.

La posibilidad de que él pudiera prestar algún servicio a los hombres duros y valerosos que integraban el

F. B. I.,

hizo que Green se estirase tres centímetros, impulsado por el orgullo.

—Ustedes dirán —inquirió con vez más segura, sintiéndose casi un personaje.

—Tenemos entendido que usted paga doscientos dólares mensuales a ciertos individuos por...

—¡Maldita sea su alma! —interrumpió el comerciante a Michel de forma poco académica, y ambos amigos se quedaron estupefactos al oír esta maldición en los labios del atildado florista —. Es mi ganancia de cinco días, y se la tengo que dar porque la Policía...

—Deje a la Policía en paz —le atajó, secamente, Michel—. Si todos ustedes tuvieran alma para resistirse a las pretensiones de esos bandidos, éstos no conseguirían nada. Pero dejemos esto —agregó después de una pausa—. Nosotros estamos siguiendo las huellas de esos tipos y usted puede proporcionarnos la forma de ponernos en contacto con ellos.

Green tembló. Ya no se enorgullecía de poder prestar ayuda al F. B. I.,

ante el temor de tener que enfrentarse con aquellos desalmados.

—¿Yo? No veo cómo —exclamó, dejándose caer en una silla.

—Es muy sencillo. Escuche —replicó Michel, inclinándose hacia él.

Durante más de media hora permanecieron los tres hombres encerrados en el despacho del florista, y al fin la puerta se abrió, para darles paso.

Green se limpiaba con un pañuelo el sudor que perlaba su frente, pero no cabía duda de que habían llegado a un acuerdo, a juzgar por la despedida de Michel.

—Entonces, hasta mañana, Green. Y no se olvide de que nadie debe saber ni una sola palabra de esto.

El gordo florista sólo tuvo ánimos para mover una mano en señal de despedida, mientras su grasosa humanidad se apoyaba en el quicio de la puerta, y pensaba por qué Dios colocaba a un honrado comerciante en medio de la lucha que iba a entablarse.

Michel cogió un gran clavel de un jarrón, ofreciéndoselo a la cajera al salir.

—¡Oh, muchas gracias! —le agradeció la muchacha.

—No hay de qué, preciosidad. No es ni la mitad de lo que tú te mereces —replicó él, y la muchacha se quedó boquiabierta al oír que la tuteaba.

—Michel, no sabía que fueras tan galante —observó Alan al poner el coche en marcha—. Y ese clavel no era tuyo.

—Como si lo fuera. Recuerda que desde mañana tú eres el dueño de ese establecimiento.

—Eres el tío más «cara», que he conocido —replicó Alan, pero Michel no se molestó.

Aquello le parecía un cumplido.

En su «oficina» de la calle Treinta y Dos, Lavin y sus secuaces pasaban el rato en una animada partida de póker.

Sentados alrededor de la mesa, en mangas de camisa, los «gángsters» hacían sus posturas, lanzando soeces juramentos aquéllos a quienes la suerte volvía la espalda.

Colgadas del respaldo de las sillas, se veían las fundas de sobaquera de sus pistolas, que mostraban, amenazadoras, sus culatas.

Albert Lavin estaba de buen humor aquel día y hasta se permitía el lujo, casi desconocido para el pistolero, de sonreír al contemplar el montón de dólares que se acumulaban ante él. La colilla apagada de su cigarrillo colgaba laciamente de su labio inferior, mientras con los ojillos entornados miraba socarronamente a Neilsson Oleff, el voluminoso sueco que tenía delante.

Por fin, apartó unos billetes y los empujó hacia el centro de la mesa.

—Cincuenta —dijo secamente.

Oleff le miró, sin que un solo músculo de su faz rubicunda expresase su pensamiento. En sus ojos azules no había el menor asomo de malicia al hacer, a su vez, la puesta que le correspondía.

—Tus cincuenta, y cincuenta más —dijo en mal inglés.

La cara de Lavin se estiró y, con cierta vacilación, colocó en el centro de la mesa los cincuenta dólares restantes.

—Escalera de color —anunció Oleff, poniendo sus cartas boca arriba sobre la mesa.

—Yo sólo tengo «*full*» —replicó Lavin de mal humor—. Creí que ibas de farol.

Tiró sus cartas sobre la mesa, mientras el sueco se embolsaba el dinero, y en aquel momento sonó el timbre del teléfono.

—Cógelo, Jarvis.

El aludido tomó el auricular de mala gana.

—«Aló».

Una voz preguntó algo al otro extremo del hilo.

—Sí, está aquí —replicó Jarvis—. Ahora se pone. Lavin, es el jefe, y quiere hablar contigo.

Albert tomó el auricular que Jarvis le tendía.

—Dígame.

—¿Lavin? —preguntó su interlocutor.

—Sí. ¿Qué hay?

—Oye: Greer ha traspasado su tienda hace unos días. Es la floristería de la calle Garfield. El nuevo dueño no ha enviado aún este mes los doscientos dólares.

—Ya —replicó Lavin, limpiándose la boca con el dorso de la mano—. Tendremos que darle un aviso, ¿no?

—Manda un hombre a que le advierta a lo que se expone. Si no accede, destrozadle el establecimiento. El medio lo dejo a tu elección.

—Déjelo de mi cuenta, jefe. Ese tío pagará —contestó el pistolero, sonriendo ferozmente.

—Y no olvides que mañana por la noche tienes que acudir con los muchachos a la casa del río. Tengo algo que deciros.

—Está bien. ¿Nada más?

—Nada más. Buenas tardes.

La comunicación quedó cortada bruscamente y Lavin

permaneció unos segundos con el auricular en la mano, mirando pensativamente ante él.

—Jarvis —anunció al fin, colgando y acercándose a la mesa—. Tienes tarea —y ante el gesto interrogativo de aquél, prosiguió—: Tienes que ir al veintiuno de la calle Garfield. Es la tienda de flores de un tal Greer, mejor dicho, era, porque la ha traspasado. El nuevo dueño se siente gallito.

—No quiere pagar, ¿eh?

—Eso mismo. Pero supongo que lo hará cuando le adviertas, con toda diplomacia, que no les conviene enfrentarse con nosotros.

—Descuida, Lavin, que le daré un buen recorrido —replicó Jarvis, levantándose—. Será algún valiente de guardarropía, que se volverá atrás en cuanto yo le diga cuatro cosas.

—Date prisa en solucionarlo. Yo te espero aquí. Vosotros podéis marcharos, pero estad aquí mañana, a las nueve de la noche, pues tenemos que ir a ver al jefe.

Alan charlaba animadamente con la cajera de la tienda de flores de Greer.

Era un muchacho audaz y decidido ante el peligro, pero carecía de experiencia con las mujeres y prefería verse ante una ametralladora, manejada por hábiles manos, que ante unos lindos ojos de mujer.

Sin embargo, llevaba seis días en la tienda, pasando por el dueño de ella, y en las horas transcurridas se había establecido entre ellos una gran simpatía que, por el camino que llevaba, no tardaría en convertirse en algo más que una mera amistad.

Desde el bar situado enfrente del establecimiento, en el otro lado de la calle, Michel vigilaba incesantemente la tienda de flores. Hombres y mujeres penetraban en ella, pero aún Alan no había agitado en el escaparate el ramo de rosas rojas que indicase que acababa de salir el hombre que ellos esperaban.

Michel estaba aburrido. Aquella espera no era para él, acostumbrado a la acción, y se prolongaba más de lo que sus nervios podían soportar. Sin embargo, se mantenía al acecho, consciente de que éste era el único camino para coger el hilo de una pista.

Se dirigió a la cabina telefónica y marcó el número de la floristería.

—¿Eres tú, Alan? —preguntó.

—Sí. ¿Qué quieres?

—Nada, chico. Estoy más aburrido que una ostra. ¿No ha habido nada?

—No. ¿Por qué te impacientas? Yo estoy la mar de distraído.

—Ya lo veo por el escaparate. Ten cuidado con esa chica, Alan, porque...

—Lo siento, Michel, pero tu consejo llega tarde —replicó Alan con un suspiro.

—¡Oh! No nos faltaba más que eso. ¿Quieres que mate a Greer y te quedas tú con la tienda? —Su voz tenía un dejo irónico, pero Alan era demasiado feliz para molestarse por ello.

—No es necesario. Me basta con la cajera —replicó, colgando el auricular.

En aquel momento Jarvis se apeaba del «taxi» que le condujo hasta allí y penetró en el establecimiento. Un dependiente se acercó, obsequioso, a él.

—¿En qué puedo servirle, señor?

—¿Está el dueño?

—No sé —replicó el dependiente—; pero iré a verlo.

—Oiga, amigo: procure que esté, porque le tiene cuenta —insinuó Jarvis, y vio el brillo de extrañeza que pasó por los ojos del otro.

Poco después penetraba en el despacho donde Alan le esperaba, sentado detrás de la mesa, haciendo como que revisaba unos papeles.

—Buenas tardes. ¿Es usted el dueño? —preguntó Jarvis, arrastrando una silla y sentándose en ella sin ser invitado.

—Sí —replicó Alan—. Y no creo haberle dicho que se siente.

—Es lo mismo, hermano —contestó el pistolero—. Cuando sepa quién soy, me ofrecerá todas las sillas del establecimiento.

Alan le miró con detenimiento.

—¿Es usted el presidente Lincoln? —preguntó luego.

Jarvis le miró sonriendo.

—Me es usted simpático —dijo al cabo de un rato—, y por ello deseo que me escuche con atención.

—Bueno; acabemos de una vez, ¿qué desea? Que siga pagando el canon de doscientos dólares mensuales que pagaba Green, ¿no es

eso?

Jarvis quedó un tanto confuso al ver que aquel comerciante, con cara de poca experiencia, había descubierto el objeto de su visita antes de abrir la boca, pero se repuso enseguida.

—Caramba, ¿cómo lo ha notado? —preguntó.

—Sólo un desalmado procedería como usted lo ha hecho, amigo —replicó tranquilamente Alan.

Jarvis se levantó amenazador.

—Oiga, amigo —dijo fríamente—: si quiere seguir viendo el sol, tenga la lengua quieta, ¿entiende? Y para terminar, ¿pagará o no?

—Ni un centavo.

Jarvis se echó a reír silenciosamente. Sacó un paquete de cigarrillos y ofreció uno a Alan.

—Gracias, no fumo —explicó éste.

—Yo, sí —dijo Jarvis encendiendo el suyo, un poco divertido ante el aspecto altanero de Alan. Estaba seguro de tenerlo ante él hecho un guiñapo antes de cinco minutos—. Voy a sentarme —agregó, uniendo la acción a la palabra—, porque necesito explicarle algo. ¿Es usted de Nueva York?

—No —replicó Alan—. He llegado de Dakota hace unos días.

—Ya se ve, joven, ya se ve. ¿Sabe a lo que se expone si no paga?

Alan se encogió de hombros.

—No es usted el primero que intenta sustraerse a nuestra protección —prosiguió Jarvis—. Otros lo han intentado como usted, pero enseguida han tenido que rendirse a la evidencia.

—¿Qué les ocurrió? —preguntó Alan con la mayor inocencia que pudo aparentar.

—Unos murieron a mano de desconocidos; uno hubo que resbaló y cayó al río, donde pereció ahogado; pero la mayoría han visto sus establecimientos destruidos. Una bomba, un camión que pierde la dirección, ¿quién sabe?

Alan se inclinó hacia él.

—Y eso... me... me sucedería a mí —preguntó con cierta expresión de susto, que llenó de vanidad a Jarvis.

—Naturalmente —repuso éste.

Alan se dejó caer en el sillón. Su rostro expresaba tal desaliento que hubiera causado el asombro de su profesor de Artes del Disimulo de la Escuela de Quantico.

—Entonces... no sé... supongo que debo pagar. ¿Usted qué me aconseja?

—Que pague —replicó Jarvis, levantándose satisfecho—. Que sea usted buen chico y pague —agregó—. Es la mejor forma de evitar «accidentes».

Se encaminó hacia la puerta del despacho y salió a la tienda, dejando a Alan sumido en sus cavilaciones.

Se prendió un clavel en la solapa y salió a la calle, satisfecho del giro de la entrevista; pero su satisfacción se habría trocado en asombro si hubiera observado la maniobra de Alan.

Apenas Jarvis pisó la calle, aquél se acercó al escaparate portando un ramo de blancas azucenas, que agitó en el aire.

Michel movió la mano en señal de que había visto la maniobra y salió detrás de Jarvis, que ya se alejaba, a buen paso, hacia el ferrocarril que conduce a Manhattan, por el puente de este nombre.

Sin darse cuenta de que era seguido, Jarvis se enfrascó en la lectura del periódico, hasta que el ferrocarril llegó a la estación de la calle Veintiséis. Michel, mezclado con la multitud, no le perdía de vista ni un segundo.

Jarvis ascendió por la Cuarta Avenida y, con el agente pegado a sus talones, llegó a la calle Treinta y Dos, y se metió por ella.

Poco después el ascensor le conducía al piso 14, donde Lavin le esperaba impaciente.

El «gángster» sonrió fríamente cuando Jarvis le dio cuenta de la entrevista. Luego recogió el sombrero de la percha.

—Total, otro cobarde como los demás. Debiste de subirle la cuota a doscientos cincuenta —exclamó luego.

—¡Bah! ¿Para qué? Parece buen chico, y me alegro que se haya venido a las buenas —replicó Jarvis—. Es de Dakota, ¿sabes?

—Bueno, y ¿qué hay con eso? —preguntó despectivamente Lavin.

—Mi madre era de allí —replicó Jarvis—, y no me hubiera gustado «apiolar» a un paisano suyo.

—Venga, vámonos, Jarvis. Y no olvides que mañana por la noche os espero aquí, para ir a ver al jefe.

Michel y Alan discutían el plan a seguir, después de los resultados obtenidos aquel día.

—¿Estás seguro de que se metió allí? —preguntó Alan,

acicalándose ante el espejo.

Michell, tumbado sobre la cama en su cuarto de una modesta pensión de Brooklyn, se quitó el cigarro de la boca y se volvió a medias hacia él.

—Claro que sí —replicó—. Me colé detrás de él en el ascensor y vi donde se metió, sin necesidad de preguntar a nadie. Calle Treinta y Dos, piso catorce, departamento ochenta y cuatro, no se me olvida.

—Bueno; al parecer vamos a entrar pronto en acción, ¿no? —preguntó Alan, luchando con el nudo de su corbata.

—Mañana por la noche, exactamente —replicó Michel—. Vamos a ir a hacer una visita a ese departamento, Alan.

—¿Qué piensas encontrar allí?

—No sé. Quizá, nada, y quizá, mucho. De todas formas, es el primer paso que daremos; sí tenemos suerte, podemos encontrar algo que nos permita atrapar a la banda completa.

—¿Vamos a ir los dos?

—Sí: pero entraré yo solo, Alan. Tú te quedarás abajo, en la puerta, por si acaso. ¡Ah! Y será conveniente que no vayas tan elegante como esta noche —dijo Michel, aplastando la colilla del cigarrillo en el cenicero.

—De todas formas, como Alina no te verá... —Mirando de reojo a su amigo, Michel dejó la frase incompleta.

Alan se volvió hacia él, luego cogió una almohada de la otra cama y la lanzó contra Michel con toda la fuerza de su potente brazo.



IV



STABA en todo su apogeo la vida agitada de la gran ciudad, cuando Michel y Alan se encaminaban hacia la calle Treinta y Dos, Este. Los automóviles pasaban lentamente a su lado, buscando una salida en aquel embotellamiento, reflejándose sus luces en el brillante asfalto, mientras los anuncios luminosos parpadeaban, incansables, bajo el techo oscuro del cielo.

La luz de los escaparates se escapaba a raudales a través de los cristales, iluminando la escena bulliciosa de las calles de Nueva York; pero ninguno de los dos se preocupaba de aquel ir y venir, dando los últimos toques al plan que habían ideado.

A ninguno de los dos se le ocultaba los riesgos que entrañaba la empresa que iban a realizar. Parecía mentira que tras aquel derroche de luz y de vida, pudiera esperar la muerte, agazapada en

la guarida de unos criminales, situada en pleno corazón de la urbe, pero así era en realidad.

Ellos dos eran dos pigmeos, dos pequeños insectos, dos minúsculos engranajes de la máquina perfecta que luchaba contra el terror, para que el desorden, el abuso y el crimen no se adueñara de la vida urbana, y la gente pasaba a su lado, sin percatarse de que iban a jugarse la vida, a meterse en la guarida del lobo, para impedir que su bienestar se viera amenazado o destruido por el imperio del terror.

—Insisto, Michel —volvió a decir Alan—, en que subamos los dos. Si nos sorprendieran...

—Sería igual —cortó Michel—. Es mejor que tú te quedes abajo, vigilando. De esta forma, si me sorprenden, tú puedes seguir el rastro.

—Déjame que suba yo.

—Ni lo pienses siquiera. Ese honor me corresponde a mí —replicó Michel—. Además —agregó con ironía—, tú estás enamorado.

Alan enrojeció hasta las orejas, y Michel prosiguió:

—Bueno. No hay por qué dramatizar tanto, ¿no te parece? Lo más seguro es que no ocurra nada. Vamos a separarnos, no conviene que nos vean juntos. No olvides las señales que hemos convenido.

Uno detrás de otro penetraron decididamente en el inmenso «*hall*» del soberbio edificio, donde se abrían las puertas de los espaciosos y rápidos ascensores que conducían a los pisos superiores.

Michel entró en uno de ellos y, antes de cerrarse la puerta, vio a Alan que, apoyado en una columna de mármol, vigilaba a conciencia el «*hall*».

El ascensor le dejó en el piso 14. Los empleados habían salido ya de las oficinas y comercios del edificio y Michel se encaminó rápidamente hacia la puerta marcada con el número 84, sin encontrarse un alma por los pasillos.

De una ojeada examinó la cerradura y sonrió, satisfecho, al ver que no tenía nada de particular. Sacó del bolsillo un manojito de ganzúas, y pocos segundos después el leve rumor de la cerradura indicaba que su maniobra había sido coronada por el éxito.

Miró a ambos lados del desierto pasillo y, rápidamente, penetró en el departamento, cerrando la puerta tras él.

La escasa luz que penetraba por la ventana le permitió recoger los detalles, y se encaminó hacia la mesa.

Sus cajones estaban abiertos, como si el dueño no temiera una incursión en sus dominios de los amigos de lo ajeno, pero Michel se llevó un desencanto al comprobar que estaban vacíos.

Una baraja desgastada y una bombilla fundida, que había en el cajón del centro, fue cuánto encontró, aunque realmente no hubiera podido decir con exactitud qué era lo que buscaba.

Con una rápida ojeada abarcó la habitación, y su mirada se detuvo ante un pequeño «dosier», que había junto a la mesa.

Con ayuda de una navaja, no tardó en abrirlo, y la tapa cayó, produciendo un chasquido que resonó en la habitación, dejando al descubierto el contenido del mueble.

Una nueva decepción esperaba a Michel. Allí no había nada más que una carpeta, conteniendo, al parecer, pocos papeles. Enfocando en ella su linterna, desató las cintas que la sujetaban y cogió los papeles que contenía.

Uno de ellos atrajo su atención y, al examinarlo, lanzó una exclamación de alegría. ¡Era una relación de establecimientos con cantidades anotadas al margen! Ahora ya no tenía la menor duda de que estaba siguiendo una buena pista.

Dobló la hoja y se la guardó en el bolsillo, y ya iba a cerrar el «dosier», cuando el teléfono comenzó a sonar.

Michel permaneció un segundo indeciso, pero su vacilación fue solo momentánea. De pronto pensó que quizá podría enterarse de algo por aquel lado y antes de que el teléfono repicase por segunda vez ya tenía el auricular en la mano.

—Dígame —dijo en voz baja y disimulando su tono.

—Soy el jefe —replicó una voz al otro lado del hilo—. ¿Está ahí Lavin?

Michel reaccionó rápidamente ante la pregunta.

—No —replicó—. No ha llegado aún. Estoy esperando.

—Dile que no se olvide de que tenéis que venir a verme.

—Está bien, jefe. Se lo diré.

Colgó el auricular con lentitud, mientras su cerebro trabajaba activamente.

—Hay un individuo llamado Lavin —murmuró—, que debe ser el segundo de a bordo. Y, al parecer, tiene que venir aquí y luego ir a ver al jefe. Me parece, Michel, que tienes la suerte de cara.

Sintió el urgente deseo de comunicar a Alan cuánto había descubierto, para tomar las medidas oportunas. ¡Era todo tan sencillo! Bastaba con seguir a los hombres que iban a llegar, para que ellos los condujeran a la cabeza de la banda. El pensamiento de que pronto enviaría a la silla eléctrica a los asesinos de Ronald, le hizo sonreír de satisfacción.

No había tiempo que perder. Los forajidos podían llegar de un momento a otro y si le encontraban allí, su vida no valdría un centavo.

Fue a moverse hacia la puerta, pero en lugar de avanzar, se quedó rígido en el lugar que ocupaba, al percibir la sombra de dos personas que se dibujaban en el cristal de la mitad superior de la puerta.

El ruido de la llave, rechinando en la cerradura, le devolvió la conciencia del peligro y de un salto penetró en la otra habitación, al mismo tiempo que la puerta del departamento se abría y Lavin penetraba en él, seguido de Jarvis.

El conmutador de la luz reveló a los ojos sagaces del pistolero el «dossier» abierto y la carpeta sobre la mesa, con su contenido desparramado sobre la misma.

—Alguien ha estado aquí, Jarvis —dijo. Se lanzó hacia la mesa, revolviendo los papeles, y prosiguió—: Y ha aprovechado el viaje. Se ha llevado la relación.

Desde la habitación inmediata, desnuda de muebles, Michel, pistola en mano, oyó sus últimas palabras, mientras buscaba desesperadamente un lugar por dónde escapar.

Sus ojos se posaron en la ventana y la duda se reflejó en su rostro, pero no tenía más remedio que hacerlo, si no quería caer en manos de aquellos desalmados.

Lentamente, sin hacer el menor ruido, levantó la ventana y se asomó al exterior. A setenta metros bajo sus pies, la corriente de vehículos y personas seguía deslizándose tranquilamente, insensibles al drama que se estaba desarrollando sobre sus cabezas.

Una cornisa de veinte pulgadas de anchura corría a lo largo de la fachada de la pared, a unos cuatro pies por debajo de la ventana,

y Michel no dudó más. Era desesperado, pero ¿qué otra solución tenía?

En el mismo momento en que él ponía sus pies sobre la cornisa, Lavin miraba significativamente la puerta de la habitación, y empuñando la pistola avanzó hacia ella, con una sonrisa satánica en su rostro innoble.

—Salga de ahí —ordenó con voz potente—. Y no haga tonterías.

Su voz llegó a oídos de Michel, que en aquel momento, en pie sobre la estrecha cornisa, pegada su cara contra la pared, se movía lentamente.

Un sudor frío invadió su rostro, a pesar del aire fresco de la noche, mientras, pulgada a pulgada, con el cuerpo adosado a la fachada y las manos engarbadadas buscando inútilmente un asidero, se alejaba de la ventana.

A muchos metros debajo de él se veían las luces de los escaparates, de los faroles y de los coches, como si discurrieran por el fondo de un pozo negro y profundo.

Desde aquella altura las personas aparecían como pequeños y extraños seres que corrían velozmente de un lado para otro, pero Michel no las miraba, concentrado en conservar el equilibrio sobre la estrecha cornisa.

El menor resbalón, la menor vacilación, podía precipitarle en el abismo, y él procuraba no desviar su mirada hacia abajo para no dejarse ganar por el vértigo.

Lavin irrumpió de pronto en la habitación, encendiendo la luz, y la fina corriente de aire que penetraba por la ventana abierta le señaló por dónde había huido el intruso.

—Ya no se escapa, Jarvis —exclamó—. Tiene que estar sobre la cornisa.

Sonriendo satánicamente se acercó a la ventana, con la pistola fuertemente empuñada, y se asomó a ella con el mayor cuidado, no queriendo exponerse a recibir un tiro del misterioso personaje que había invadido sus dominios, pero casi en el mismo instante volvió a retirarla.

Su rostro estaba ahora ceniciento y el propio Jarvis retrocedió dos pasos al ver la terrible expresión de sus ojillos saltones.

—No está, Jarvis, no está ahí. Se ha marchado... Pero le he visto meterse por la ventana del otro departamento. Vamos, aprisa.

Tenemos que cogerle. Tal vez sea un vulgar ladrón, pero me parece que se trata de algo más serio.

Michel prosiguió su marcha lateral. Separaba el pie derecho con lentitud, para luego unir a él nuevamente el izquierdo, mientras tenía la cabeza vuelta hacia la ventana que acababa de abandonar, viendo, angustiado, cómo se separaba de ella pulgada a pulgada, demasiado lentamente para lo que él deseaba. Temía que los «gángsters» se dieran cuenta de su camino de huida, y, en este caso, sus segundos estaban contados. Les bastaría con sacar el brazo armado, apretar el gatillo y... un escalofrío recorrió su cuerpo ante la inminencia del peligro.

Pero no podía apresurarse corriendo el peligro de estrellarse contra el asfalto de la calle.

La mano derecha, que avanzaba lentamente pegada a la pared, mientras él miraba hacia la ventana, tocó un esquinalzo.

Michel volvió la cabeza y ahogó una exclamación de sorpresa al comprobar que junto a él se abría una ventana. No pensó dónde le llevaría. Sólo sabía que era el medio de salir de aquel apuro, de aquel pender entre la vida y la muerte.

Pocos segundos después se encontraba a horcajadas sobre el antepecho, examinando el interior de la habitación.

Era un departamento igual al que acababa de abandonar, pero estaba coquetamente amueblado y gratamente iluminado por una luz azulada, que le daba una sensación de grato acogimiento.

Alguien trabajaba en la otra habitación, y Michel pensó en la excusa que debía darle. Al mismo tiempo que él abandonaba la ventana, una joven penetraba en la habitación, y se quedó parada en el quicio de la puerta, profiriendo una exclamación de sorpresa al verle.

Vestía una linda bata larga de seda azul, que contrastaba con su rubia cabellera y hacía juego con sus ojos. Era muy linda, tan bonita, que Michel se quedó suspenso, sin saber qué decir, admirando las suaves líneas que traicionaba su liviana vestidura.

Luego, en vez de la excusa que tenía preparada, se sorprendió a sí mismo, diciendo en tono encomiástico:

—¡Es usted preciosa!

El pipopo no logró desarrugar el fruncido entrecejo de Janet Combe, que replicó con ironía:

—Supongo que no habrá entrado por la ventana tan sólo para decirme eso.

—No... no... claro que no. Yo... —balbució Michel, sorprendido ante su serenidad.

—Entonces, ¿puede decirme qué hace usted en mi departamento?

Mientras hacía la pregunta se movía lateralmente en dirección a un comodín, que adornaba la estancia, al mismo tiempo que Michel lanzaba una carcajada, que hizo que la joven le mirase sorprendida, aunque no interrumpió su progresión hacia el mueble.

—No, señorita, no estoy loco —habló el joven por fin—. Es que me estoy acordando de cierto chiste, en el cual un hombre, descubierto en una situación análoga a la mía, dijo que estaba esperando el tranvía.

Mientras él hablaba, Janet se había inclinado hacia un cajón, entreabierto, del comodín, y cuando se incorporó de nuevo, su mano derecha empuñaba una «*browning*», no por pequeña menos peligrosa, que obró el milagro de helar la sonrisa en los labios de Michel.

—Es usted un humorista, pero ha elegido mal el momento. Haga el favor de levantar los brazos y ponerse de cara a la pared.

—Pero, oiga, yo... —Fue a explicar Michel, y de pronto calló, porque no le interesaba revelar su personalidad, y, por otra parte, tampoco podía probarla, porque había dejado su placa a Alan antes de subir.

Sonriendo, obedeció la orden, y oyó cómo la joven se movía en la habitación. Hubiera podido dominarla con facilidad, pero aquella situación le divertía y, por otra parte, quería ver cómo la solucionaba aquella linda y decidida muchacha.

A sus oídos llegó el rumor del disco del teléfono, en el cual Janet Combe marcaba cierto número.

—No se mueva. Le estoy apuntando —advirtió ella.

—Ya lo veo por el espejo. Oiga: ¿qué va usted a hacer?

—Llamar al detective del hotel, Diamond, que está en el piso de arriba. Él sabe cómo castigar a los «ratas» de hotel.

—Pero cómo... ¿qué yo...? —La risa impidió continuar a Michel, que, olvidándose de todo, fue a volverse.

—No se mueva o disparo —advirtió la muchacha; pero Michel

no hizo caso—. No se mueva, le digo, o... —Michel prosiguió su marcha, sonriendo.

La pistola lanzó su ladrido. Michel se agachó instintivamente y sintió sobre su cabeza el chasquido que sonó al chocar el proyectil contra la pared. Michel se paró en seco.

—Es usted admirable —dijo fríamente, al comprobar que Janet había disparado sin soltar siquiera el auricular—. Pero no gaste esas bromas. Ha podido matarme.

—Claro que he podido, pero no he querido. Quieto dónde está o, de lo contrario, apuntaré más bajo.

Dejando en la mesa el auricular volvió a marcar un número, y luego lo tomó de nuevo.

—Oiga —dijo, en respuesta a la pregunta que siguió al otro lado del hilo—. Dígale al detective que haga el favor de bajar al piso catorce, departamento ochenta y cinco. Hay aquí un ladrón. Dese prisa, que lo tengo a raya con mi revólver.

—Señorita. Está usted cometiendo el mayor error de su vida —advirtió Michel, divertido.

Ya había tomado una resolución. En cuanto el detective del hotel le llevara fuera de la habitación se daría a conocer, rogándole que bajase con él al «*hall*», donde Alan establecería de forma indudable su personalidad.

Después de todo era mejor así, pues de esta forma la muchacha nunca sabría quién era y pasaría por un simple «rata» de hotel.

—Es usted un cínico —murmuró ella sin dejar de apuntarle—. Y hay que reconocer que tiene valor... pero es un cínico al fin.

En la puerta del departamento sonaron unos discretos golpecitos.

—Pase —autorizó Janet.

Y Albert Lavin, llevando en los labios una siniestra sonrisa que quería ser amable, penetró en la estancia, con la mano derecha significativamente hundida en el bolsillo de la chaqueta.

MÁS REALIDADES :
TIGER, EL SOLITARIO. (Agotada.)
EL ESPIA FANTASMA. (Agotada.)
de la COLECCIÓN
EXTRAORDINARIA DEL OESTE

V



E modo que éste es el tipo que la está molestando? —preguntó Lavin mirando a Michel con curiosidad, mientras una aviesa sonrisa distendía su boca cruel.

—Entró por la ventana y... —comenzó a explicar Janet Combe, dejando caer lentamente su mano armada.

—Déjelo de mi cuenta, señorita —replicó el pistolero. Su voz se hizo más dura al dirigirse a Michel—. Vamos, pasa delante, y cuidado con hacer tonterías.

Michel se levantó de la silla sonriendo y se encaminó hacia la puerta, no sin antes despedirse de la muchacha.

—Adiós, encanto. Espero que volveremos a vernos.

El pasillo estaba desierto y, al volver una esquina del mismo, camino del ascensor, Michel se volvió hacia Lavin para darse a

conocer.

—Oiga, amigo. Yo... —comenzó a decir con su mejor sonrisa.

—No intente disculparse —cortó crudamente el pistolero—. Sé cómo llegó usted ahí. Encontró lo que buscaba en mi departamento, ¿no es así?

Michel se quedó rígido y le miró fijamente un segundo, al mismo tiempo que un estremecimiento recorría su médula al pensar en lo cerca que había estado de descubrirse. En un momento tomó una determinación.

—Yo... verá usted —dijo con voz temblorosa que hizo que Lavin le mirase de arriba abajo, asqueado por su cobardía.

—Pretendes pasar por un vulgar ladrón, ¿eh? Bueno; te voy a dar tu merecido para que aprendas. ¿Qué cogiste en mi departamento?

—¿Coger? ¿Yo?... ¡Oh!... Nada... Realmente no había nada que llevarse —replicó Michel, creyendo haberle engañado.

—No, ¿eh? —El tono de Lavin estaba tan cargado de ironía y amenaza, a la vez que Michel no dudó de que ya sabía lo que había robado.

En aquel momento llegaron ante la puerta del ascensor y Jarvis se unió a ellos.

—¿Y el detective? —le preguntó Lavin.

—Lo he dejado en un rincón. Le diste un buen golpe y aún, tiene para rato.

—¿Hubo dificultades?

—Ninguna. Pasaron dos hombres y tuve que fingir que estábamos borrachos, pero todo salió bien. Le has cogido, por lo que veo.

—Sí. Pretende hacerse pasar por un ladrón.

—¿Qué vas a hacer con él?

—El jefe decidirá. Desármale.

Cuando Jarvis se puso ante él para registrarle, Michel le reconoció y ya no tuvo la menor duda de que se encontraba en manos de los asesinos del pobre Ronald. Ahora necesitaría de toda su suerte y toda su serenidad para escapar del peligroso trance en que se había metido.

Con mano diestra, el pistolero palpó su cuerpo, arrebatándole la pistola, y Michel se alegró de haber dejado su placa a Alan.

—¡Vaya... si va armado! ¡Y menuda pistola lleva! ¿Dónde la has robado? —preguntó Lavin.

En aquel momento se abrieron las puertas del ascensor.

—Pasa... y mucho ojo —agregó el pistolero.

Entraron los tres. Había varias personas más en el ascensor, pero Michel no podía pedir ayuda a nadie. Sentía en sus costados la presión de dos pistolas, firmemente empuñadas, que no vacilarían en pasaportarlo para el otro mundo, a pesar de que sus propietarios charlaban descuidadamente, dirigiéndose a él, como si fueran los mejores amigos del mundo. Sin embargo, Michel cavilaba intensamente.

Alan estaba abajo, seguramente impaciente ya por su tardanza, y no podía dejar de verle. Él se ingeniaría para que así fuese. De todas formas, debía impedir que se acercase a él, no por el peligro que corría su vida si Alan se daba cuenta de que le llevaban prisionero e intentaba evitarlo, pues en peores trances se había visto y había logrado salir airoso gracias a su serenidad y sangre fría, sino porque podía estropearle la combinación.

Por las palabras que había oído a Lavin, tenía la seguridad de que le iban a llevar ante el jefe de la organización y no podía, desaprovechar tan excelente oportunidad de penetrar hasta la médula en el misterio de la cuadrilla. Sabía que su vida estaba en peligro, pendiente tan sólo de la decisión del personaje que regía, desde la sombra, los movimientos de aquellos asesinos, pero confiaba en su audacia y buena estrella y, sobre todo, en la ayuda que Alan podría prestarle, para salir del paso.

—¿Puedo fumar? —preguntó con voz poco firme, y el empleado del ascensor le miró, extrañado de que un hombre tuviera que pedir permiso a otro para fumarse un cigarrillo.

—Fume —la voz de Lavin era casi cordial.

Michel sacó su pitillera del bolsillo y se colocó un cigarrillo entre los labios. Luego, antes de guardarse de nuevo la pitillera, sacó de ella la relación de que se había apoderado en el departamento del pistolero, sin que éste se apercebiera de su maniobra, y la conservó en la mano, mientras cavilaba el medio de hacerla pasar a poder de Alan, sin que sus guardianes se dieran cuenta de ello.

El ascensor llegó, por fin, a la planta baja y sus puertas se

abrieron. Antes de abandonarlo, Michel vio a Alan que, apoyado en una columna del «hall», vigilaba atentamente a su alrededor. El «hall» estaba casi, desierto y era imposible que su amigo dejase de verle. No obstante, por si así ocurría, Michel llevaba pensado ya el procedimiento de que se valdría para atraer su atención.

Sin embargo, no tuvo necesidad de hacer uso de él, pues ya Alan se había dado cuenta de su presencia. Fue a avanzar hacia ellos, pero en el mismo momento sorprendió un gesto de aviso en el rostro de Michel y se fijó en sus acompañantes. Inmediatamente reconoció en uno de ellos al hombre que fue a amenazarle a la tienda de flores y, con un rápido movimiento, se ocultó detrás de la columna en que estaba apoyado, para no ser visto, aunque Michel sabía que seguía observando atentamente los movimientos de sus acompañantes.

Lavin y Jarvis inspeccionaron nerviosamente el «hall», obligando a Michel a avanzar rápidamente hacia la salida, llevándole entre ambos, cogido de los brazos, mientras charlaban animadamente para dar la impresión de que eran tres buenos amigos, aunque Michel tenía la certeza de que sus ojos estaban más vigilantes que nunca y sus pistolas eran firmemente empuñadas, prestas a ser usadas sin vacilación.

Desde, detrás de la columna. Alan no los perdía de vista ni un segundo, y así no pudo dejar de ver el papel que revoloteó al suelo desde las manos de Michel.

Alan lo recogió y, sin mirarlo siquiera, lo introdujo en su bolsillo, mientras pensaba si alguien lo habría visto también y se sentía inclinado a meterse donde no le llamaban.

Michel y sus acompañantes desaparecieron por la puerta del «hall» y Alan los siguió, dándose cuenta perfecta de la situación. El hecho de ir acompañado por el pistolero que fue a verle a la floristería indicaba bien a las claras que Michel había sido sorprendido durante su incursión a la guarida de aquellos asesinos. Además, la actitud vigilante de los dos pistoleros no pasó desapercibida para Alan, que se dio cuenta inmediatamente de que la suerte de Michel dependía exclusivamente de él y se dispuso a actuar de acuerdo con lo que las circunstancias fueran exigiendo.

Los tres hombres que le precedían subían a un moderno «Cadillac» de color azul oscuro, cuando él llegaba a la puerta del

edificio. Era preciso no perder de vista a aquel coche, que arrancaba en aquel momento.

Buscó un «taxi» con la vista, pero no vio ninguno.

El coche azul se incorporaba ya al tráfico de la calle, pronto se perdería de vista y Alan no sabía qué decisión tomar.

De pronto, un automóvil de la Policía, en servicio de patrulla, pasó lentamente a su lado. Alan no vaciló, y tirando el cigarro a medio consumir saltó al estribo del coche.

—Oiga, que se ha creído... —interpeló el acompañante del conductor.

Alan abrió rápidamente la portezuela del vehículo y se instaló en la parte posterior del mismo, mostrando al asombrado agente su placa plateada, mientras exclamaba:

—Servicio especial. Procure, por todos los medios a su alcance, no perder la vista a ese coche azul que va delante.

VI



VANZABA lentamente entre el tráfico congestionado de la Quinta Avenida el coche que conducía a Michel y sus guardianes hacia el lugar de la cita con el jefe de la cuadrilla, seguido de cerca por el coche de la Policía, cuyo conductor pasaba los mayores apuros para no perderlo de vista entre la maraña de tráfico que los rodeaba.

Poco a poco la circulación fue perdiendo intensidad. A medida que avanzaban hacia el norte los automóviles iban siendo cada vez más escasos, permitiéndoles una mayor velocidad y, pasada la calle Noventa y Dos, el agente que conducía el coche perseguidor hubo de pisar el acelerador para poder seguir al otro.

Poco después cruzaban la calle Ciento Veinticinco, y ante los ojos de Michel desfilaron los suburbios de Nueva York, dejando al descubierto las lacras y miserias de la gran ciudad.

Pequeñas casamatas, construidas las más de las veces con maderas, harpilleras y hojalatas, se desperdigaban a los lados de la carretera y solo, de tarde en tarde, destacaba entre ellas alguna construcción de piedra, revestida de las mismas pruebas de miseria y pobreza que las demás.

El automóvil bordeaba ahora el río Harlem, que, partiendo del Hudson, desemboca en el río del Este, a la altura de la isla de Randall contribuyendo a formar el límite septentrional de la isla de Manhattan, donde reposa la parte más activa y rica de Nueva York.

Sentado entre Lavin y Jarvis, Michel examinaba la situación y, como no sabía lo que le esperaba al término de aquel viaje, desistió de hacer proyectos; pero no pudo dejar de pensar, con inquietud, en si Alan se habría dado cuenta de lo que ocurría y habría seguido sus pasos, pues ésta era su mayor esperanza.

Estaba seguro de no haber engañado a Lavin haciéndose pasar por un vulgar ladrón. El tono del pistolero le dio a entender que éste sabía perfectamente lo que había cogido de su departamento y seguramente estaba hecho un lío, tratando de averiguar su personalidad.

Se sintió satisfecho por haberse deshecho de la relación tan oportunamente, aunque a continuación pensó que quizá esto no le serviría de nada.

La voz de Lavin le sorprendió de improviso, al preguntarle con tono suave:

—¿En qué piensas, policía?

Michel se quedó rígido. ¡Lavin había sospechado la verdad! Pero inmediatamente reaccionó. Aquella pregunta era una trampa que el pistolero le tendía, una flecha lanzada al azar, para observar su reacción.

El agente se volvió lentamente hacia él, ensayando una sonrisa, y vio los ojillos penetrantes del pistolero fijos en él.

—En nada de particular, inspector —replicó, como quien sigue una broma.

Lavin lanzó una corta risita y se dedicó a observar el paisaje.

—¿Tardaremos mucho en llegar? —preguntó Michel.

—No tengas prisa. Cuanto más tiempo tardemos eso más vivirás —fue la respuesta de Jarvis.

—¡Caramba! Es usted tan sumamente amable que no puedo por

menos de felicitarle por su diplomacia.

Encendió un cigarrillo (esta vez sin pedir permiso) y prosiguió:

—No dirán que no he sido obediente, ¿eh? He tenido mil ocasiones de escapar y...

Lavin le miró.

—¿Estás seguro de que hubieses podido escapar? —le preguntó, sonriendo fríamente, y Michel ya no se sintió tan seguro de haberlo logrado.

Seguían bordeando el río Harlem. Las casas eran cada vez más miserables y escasas. Michel calculaba cuánto tiempo tardarían en alcanzar el extremo norte de la isla de Manhattan, cuando de pronto el «Cadillac» tomó un estrecho camino, que partía a la izquierda, a campo traviesa.

Los potentes focos del automóvil permitían ver los numerosos y profundos baches del camino, que los tumbos que daba el vehículo se encargaban de corroborar. Afortunadamente su paso por él duró breves minutos, al cabo de los cuales se detuvo silenciosamente ante una edificación.

Lavin y el conductor fueron los primeros en pisar tierra, y sus pistolas automáticas entablaron contacto con el cuerpo de Michel, apenas éste abandonó el automóvil, seguido de Jarvis.

La oscuridad era completa a su alrededor y Michel solo pudo distinguir la mole de piedra de un edificio con aspecto de fábrica abandonada, que se dibujaba contra el cielo, rodeado de otras edificaciones más pequeñas.

Así, pues, se encontraba en el lugar donde aquellos miserables celebraban sus reuniones, de las cuales salía la ruina o la muerte de más de un comerciante de la ciudad. Tenía que estar alerta y con el ojo bien abierto para aprovechar la ayuda que estaba convencido de que Alan no dejaría de prestarle.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—Anda delante —fue la respuesta que recibió, al mismo tiempo que un empujón de Lavin.

Jarvis maniobraba en la puerta del edificio, que se abrió sin ruido, y, antes de avanzar en el oscuro interior, una pregunta de alerta resonó en la oscuridad.

—¿Quién va?

—Cerrad la puerta —dijo la misma voz y, una vez que Jarvis

obedeció la orden, se sintió el raspar de un fósforo que iluminó débilmente la escena.

El individuo que lo sostenía encendió con él un pequeño farol de aceite y sus mortecinos destellos permitieron a Michel descubrir la existencia de una metralleta, que colgaba del hombro de aquel individuo.

—¿Ha llegado el jefe? —inquirió Lavin.

—Sí... Está esperando, ¿Quién es éste?

Lavin no se molestó en contestarle y, seguido de Michel y, de los otros dos hombres que encañonaban ahora al agente, cruzó la amplia y desamueblada habitación en, que se encontraban, desapareciendo por una puerta que había al fondo, alumbrándose con el farolillo que había arrancado de las manos del centinela, que permaneció renegando en la oscuridad.

Cruzaron una amplia nave, en la que se veían aún algunos restos de maquinaria enmohecida, y penetraron en un estrecho pasillo, en cuyo fondo se abría una puerta, por debajo de la cual se vislumbraba una línea de luz.

Lavin entró en la estancia sin llamar y tras él lo hicieron los otros tres, para verse envueltos en la potente luz de un foco, encuadrado por una gran pantalla de metal, que estaba situado encima de una mesa, frente a la puerta.

Diez o doce hombres, unos en pie y otros sentados, que se encontraban en la bien iluminada habitación, cesaron en sus conversaciones al entrar ellos y volvieron sus cabezas hacia la puerta.

—¿Cómo habéis tardado tanto? ¿'Quién es ése? —preguntó alguien.

Al principio Michel creyó que era uno de aquellos hombres quién había hablado, pero, al hacer la segunda pregunta, se dio cuenta de que la voz provenía de detrás del foco de luz, la cual, proyectada hacia adelante, impedía ver el rostro del misterioso personaje que había hablado.

El agente aguzó su vista, intentando vencer la luz deslumbradora y penetrar en las tinieblas, pero por más que se esforzó no pudo percibir más que la silueta de la persona que, se ocultaba detrás del foco.

En aquel momento, Lavin contestaba a las preguntas del

misterioso personaje.

—Nos hemos retrasado por culpa de este tipo. Lo encontramos registrando la oficina.

El ruido de una silla al retirarse violentamente hacia atrás indicó a Michel que el jefe se había sobresaltado al oír las palabras de Lavin.

—¿Logró apoderarse de algo?

—Faltaba la relación de protegidos, pero debe de tenerla encima, pues no le hemos abandonado ni un instante —se apresuró a aclarar Lavin, y Michel puso la cara de circunstancias más perfecta que pudo.

La voz del desconocido se dirigía ahora a él.

—Deme ese papel.

—¿Qué papel? —replicó Michel, fingiendo ignorancia—. Le aseguro que no sé de qué me habla.

—Del que robaste en la oficina —intervino Lavin—. Vamos, no te hagas el tonto.

—Le juro que yo... Bueno. Puede registrarme, si quiere, y se convencerá de que no tengo ese papel —replicó Michel, abriéndose la chaqueta con ambas manos.

Jarvis se acercó a él con intención de registrarle, pero la voz del desconocido le contuvo:

—Déjalo, Jarvis. Puede ser verdad lo que dice o puede haberse deshecho de la relación, sin que os dieseis cuenta de ello. ¿Quién es?

—No lo sé —confesó Lavín—. Yo creo que es de la «bofia».

—Sea como sea, sabe demasiado y...

—Déjelo de mi cuenta, jefe —replicó Lavin con una sonrisa siniestra.

—Eso puede esperar. Os he llamado para advertiros que extreméis las precauciones. La Policía ha estado investigando en Patterson sobre la procedencia del dinero. Lo más seguro será que no ocurra nada, porque yo he tomado ya mis precauciones, pero de todas formas andad con cuidado.

Lavin no replicó y Michel no pestañeó siquiera al oír su sentencia, que ya esperaba. Sus ojos se afanaban por penetrar las tinieblas que se extendían detrás del foco, sin conseguirlo. Sólo por debajo de él, donde el contraste entre la luz y las sombras no era

tan grande, pudo percibir los vagos contornos del desconocido y el movimiento de su mano izquierda, que tambaleaba nerviosamente sobre su rodilla.

El movimiento de los dedos le tenía fascinado, impidiéndole oír el resto de la conversación. Aquel hombre, quienquiera que fuese, padecía un «tic» nervioso que tenía su expresión en aquel movimiento involuntario, que ejecutaba de una manera absolutamente inconsciente.

—De todas formas fue un error matar a aquel hombre. Eso fue lo que llevó a la Policía a investigar.

Las palabras del jefe le sacaron de su abstracción. Sin duda alguna se referían a Ronald, y tensó el oído.

—No tuvimos más remedio, jefe —replicó Lavin—. Se cargó a Carter y hubo que hacerlo. Fue el único que sacó la cara entre aquellos gallinas.

—Está bien. Jarvis, llévate a este hombre y vuelve enseguida... Tengo que repartiros algún dinero. Que te acompañe Watson.

Jarvis se volvió hacia Michel y le hizo una seña significativa con la cabeza. Seguido por ambos pistoleros, el agente del F. B. I., abandonó la estancia, mientras pensaba si Alan se encontraría cerca.

Tardaba demasiado en intervenir. Michel sabía que iba camino de la muerte y que aquellos pistoleros no eran precisamente unos novatos en el arte de matar. Si Alan no llegaba tendría que hacer frente él sólo a la situación más peligrosa en que se había encontrado en su vida, y mentalmente pidió a Dios que le conservase la serenidad y le diese suerte para salir de aquel trance.

Pasado el tráfico intenso del centro de Nueva York, el coche de la Policía pudo seguir con más facilidad al ocupado por Michel y los pistoleros.

Inclinado hacia adelante, Alan no perdía de vista al poderoso «Cadillac», que avanzaba ahora a gran velocidad, y el temor de que pudieran perderle de vista se apoderó de él.

Como si leyese sus pensamientos, el conductor se volvió hacia él una décima de segundo, sonriendo amistosamente.

—No tema —dijo—. No podrá despegarse de nosotros, por

mucho que corra.

—Procúrelo. La vida del hombre que va ahí depende de ello.

La carretera estaba casi desierta y fue fácil seguir al otro automóvil, guiándose por la luz de sus faros, aunque tuvieron que mantenerse a una distancia prudencial para que los pistoleros no se apercibieran de la persecución de que eran objeto.

Pasadas las últimas casas la persecución se hizo más fácil, aunque había largos trechos en que el coche de la Policía se veía obligado a avanzar velozmente con los faros apagados, y en estos momentos la vida de sus ocupantes dependía sólo de la pericia del conductor.

Por fin, el coche perseguido dobló hacia la izquierda, alejándose hacia un edificio cuyos contornos se recortaban contra el cielo, a unos 300 metros de la carretera.

—Pare junto a la entrada del camino —ordenó Alan al conductor—. Creo que hemos llegado.

Desde allí pudieron ver cómo el «Cadillac» se detenía ante la puerta del edificio, apagándose sus faros, y entonces Alan no tuvo ya duda alguna de que habían llegado al término de su viaje, y que la vida de Michel dependía sólo de su decisión y se propuso no defraudarle.

¿Estarían solos los hombres que le habían conducido hasta allí? Inmediatamente de hacerse esta pregunta sospechó que lo más seguro era que aquel edificio, alejado de la ciudad, fuese el lugar de reunión elegido por la cuadrilla y que, por tanto, un golpe audaz y con un poco de suerte podía conducir a la captura de sus componentes, y al pensar que todo el éxito o el fracaso del golpe estaba en sus manos, notó que la sangre hervía en sus venas, impeliéndole a la acción.

—¿Tienen algún nombre estos parajes? —preguntó.

—Sí, señor. Esto es el Ship-Cartal. Ahí delante está el comienzo del río Harlem. Ese edificio es una antigua fábrica de tejidos —le informó el acompañante del conductor.

—Muy bien. Vamos allá. Usted vendrá conmigo. ¿Cómo se llama?

—Wilde, señor —replicó el agente mientras se apeaba del coche.

—Muy bien, Wilde. Les prometo que si todo sale bien no me olvidaré de ustedes.

—¿Yo no voy? —preguntó el conductor.

—No; usted se quedará aquí para guiar a los coches de la Policía que vayan llegando, contestando a la llamada que va usted a hacer por radio —ordenó Alan, saliendo del vehículo—. ¡Ah! Y sí antes de que lleguen ve usted venir a alguien procedente de la fábrica, tire primero y pregunte después. Esos tipos no se andarán por las ramas al verse acosados. ¿Vamos, Wilde?

—Buena suerte —les deseó el conductor.

Los dos hombres echaron a andar por el descuidado camino que conducía a la fábrica, mientras oían a su espalda la voz de aviso del conductor.

—¡Atención! Todos los coches que se encuentren al norte de la calle Noventa y Cinco... ¡Atención!... Diríjanse hacia el Ship-Cartal... ¡Atención...!

Su voz se perdió en la lejanía lanzando su mensaje de aviso, que se difundía a los cuatro vientos en la serena quietud de la noche, mientras Alan y el agente Wilde, con las pistolas firmemente empuñadas, avanzaban hacia la fábrica.

Pocos minutos les bastaron para llegar a ella. El más impenetrable silencio rodeaba el edificio y sólo el croar lejano de las ranas rompía levemente su abrumadora pesadez.

—Parece que no hay nadie —susurró Wilde al oído de Alan.

—No pueden estar en otra parte.

Estaban tumbados en el suelo, a cincuenta metros escasos del edificio, y en aquel momento la luna rompió el cendal de las nubes e iluminó los campos con su pálida luz.

—¡Mire! Uno, dos, tres coches están parados delante de la fábrica —exclamó Wilde.

—Hemos tenido suerte. Si llegan pronto los refuerzos los vamos a coger a todos —replicó Alan entusiasmado—; pero mientras llegan tenemos que hacer algo por mi compañero. Vamos a intentar penetrar ahí.

A la rastra se acercaron a la pared de la fábrica y, pegados a ella, se deslizaron cautelosamente hacia su parte trasera, buscando un punto por dónde entrar.

Detrás del edificio había un patio de vastas proporciones, cuya tapia no ofrecía demasiadas dificultades para dos hombres fuertes y ágiles.

Alan saltó sobre los hombros de Wilde y alcanzó fácilmente el borde de la tapia. Apenas su cabeza apareció sobre él, observó atentamente el patio, sin observar el menor signo de vida.

Colgándose de la tapia, tendió sus manos a Wilde, el cual, dando un salto, logró asirse a ellas. Luego, haciendo gala de la fuerza de sus bíceps, se elevó a pulso, y, soltándose rápidamente, se agarró con la mano izquierda al borde de la pared y un minuto después, ayudado por Alan, se encontraba junto a éste, y ambos se descolgaban en el interior del patio.

La luna lucía ahora con pálido esplendor. Acogidos a la sombra de la tapia los dos hombres avanzaron hacia la fábrica, en cuyos amplios ventanales se reflejaba la luz del astro de la noche. En sus manos brillaban de nuevo las pistolas, que habían guardado momentáneamente para escalar la tapia.

Estaban ya junto a uno de los ventanales, cuando oyeron un ruido a su derecha.

Los dos hombres se refugiaron rápidamente detrás de unos toneles vacíos que tenían al lado, al mismo tiempo que, por una puertecilla lateral salía al patio el pistolero encargado de la vigilancia de aquella parte del edificio. Sin sospechar que era observado, examinó el patio, por pura fórmula y sin el menor asomo de interés, y luego se dirigió despacio hacia el escondite de los dos intrusos, silbando tranquilamente una vulgar musiquilla.

Cuando la culata de la pistola de Wilde cayó sobre su cráneo, aplastándole el sombrero y algo de lo que tenía debajo, la musiquilla se quebró en un ronquido y el pistolero cayó en los brazos de Alan, que lo arrastró detrás de los toneles.

—Métalo dentro. Es mejor —aconsejó Wilde, y Alan asintió, sonriendo.

Volcaron un tonel en el suelo y metieron dentro de él el inanimado cuerpo del pistolero, pegando luego la boca del tonel a la pared. De esta forma, si despertaba antes de que ellos hubieran concluido la faena, le sería muy difícil salir de su improvisado encierro.

Luego no perdieron tiempo en utilizar el mismo camino que había seguido aquél, pero a la inversa, y se encontraron en una nave, de vastas proporciones en la que se veían aún restos de maquinaria, enmohecida por el tiempo y la falta de uso, y un rumor

de conversación llegó hasta ellos.

Mirando al lugar de donde procedía, descubrieron sobre sus cabezas, a pocos metros del sitio donde se encontraban, un montante de cristales débilmente iluminado.

Alan pegó su boca al oído de Wilde y cuchicheó unas palabras.

Por segunda vez en pocos minutos el cuerpo fornido del agente sirvió de pedestal a su acompañante.

Pegando las manos a la pared. Alan se elevó lentamente, sin producir el menor ruido, y se asomó con cuidado.

El espectáculo que presenció le llenó de asombro. Dentro de, la habitación se encontraba un hombre sentado en una silla, vuelto de espaldas a él. Pero lo que más llamó su atención fue que el desconocido se ocultaba, tras la luz de un potente foco colocado sobre una mesa, a la vista de varios hombres que quedaban perfectamente visibles para el misterioso personaje. Alan contó hasta doce hombres, y su mirada se fijó en Lavin, primero, y luego, en Michel, que permanecían en pie ante el foco.

No cabía duda de que la cuadrilla en pleno estaba allí. Con un poco de suerte, no escaparía ni uno.

En aquel momento la alegría se heló de pronto al oír las palabras del desconocido, que llegaban hasta él escasamente audibles a través del cristal.

—Está bien. Jarvis, llévate a ése y vuelve enseguida. Tengo que repartiros...

No quiso oír más. Tenía la certeza de que aquellas palabras eran la sentencia de muerte de su amigo, y decidió que había llegado la hora de entrar en escena.

Con el mayor sigilo descendió de encima de Wilde y le puso al corriente de lo que ocurría. Antes de terminar sintieron el ruido de pasos que se acercaban.

Se ocultaron detrás de una máquina y desde allí vieron cómo una puerta se abría ante ellos, y apareció Michel, seguido de los dos pistoleros. Uno de ellos alumbraba el camino con un pequeño candil, que sostenía en su mano izquierda, mientras dos pistolas empujaban a Michel inexorablemente hacia la muerte.

A Michel no le causó ninguna sorpresa sentir de pronto un pequeño ruido a su espalda y ver, al volverse, cómo Wilde atenazaba por el cuello al hombre del farol, mientras Alan ponía a

Jarvis fuera de combate de un fuerte culatazo en la cabeza, porque esperaba que, más tarde o más temprano, su compañero diese señales de vida.

Llegó a tiempo de coger en el aire el pequeño farol con la mano izquierda y terminar con la resistencia del pistolero, que se acercaba a Wilde, mediante la aplicación de un terrible directo en la mandíbula, pero no pudo evitar que aquél apretase el gatillo de su «Luger».

La bala se hundió en el techo en lugar de hacerlo en el cuerpo de Michel, que era su destino; pero el disparo tronó estrepitosamente en la nave vacía, despertando mil resonancias.

Michel recogió rápidamente las pistolas de los dos bandidos, al mismo tiempo que Alan exclamaba:

—¡Vamos, aprisa, seguidme!

Cuando ellos alcanzaban la puerta del patio todos los pistoleros que estaban reunidos en la otra habitación desembocaban en la nave, pistola en mano, en confuso tropel, preguntándose qué ocurría.

La luz del foco, que escapaba a raudales de la habitación, iluminaba débilmente la escena. Antes de hundirse en las tinieblas del patio, Michel se volvió, disparando contra el grupo. Uno de los pistoleros lanzó un alarido de dolor, e inmediatamente una docena de proyectiles se clavaron en la puerta, que Michel acababa de cerrar tras él.

Los tres agentes corrieron hacia la tapia del patio, pero no tardaron en percatarse de que era una locura el intentar escalarla a la luz lechosa de la luna llena, que recortaba perfectamente, su silueta, exponiéndoles a los disparos que les hacían desde las ventanas del edificio, y se refugiaron en la sombra que la tapia les ofrecía, desde donde trataron de evitar que los pistoleros alcanzasen el patio.

Uno de ellos, que intentó ganar la puertecilla por dónde habían salido los agentes, quedó atravesado en ella acribillado a balazos, y aquello convenció a los demás de la imposibilidad de usar aquel camino de ataque.

Sin embargo, Lavin no se daba por vencido. Al darse cuenta por el ruido de los disparos de que los atacantes eran más de uno, llegó a la conclusión de que la Policía estaba sobre sus pasos. Sus

sospechas se convirtieron en certidumbre, y lamentó no haber liquidado antes a Michel, pero ya que la cosa no tenía remedio, estaba decidido a evitar que los intrusos salieran de allí con vida.

Varios de sus hombres salieron del edificio por la puerta principal, y comenzaron el asalto del patio. El primero que asomó la cabeza por la tapia cayó de ella con la cabeza perforada. Un segundo pistolero corrió la misma suerte, pero otros tres pudieron saltar dentro del estrecho recinto del patio y tomar posiciones detrás de un montón de escombros.

—Esto se pone feo, Alan —dijo Michel, y su compañero no replicó.

Las cosas se pusieron peor aún de lo que estaban cuando Lavin ordenó colocar, junto a los ventanales, el foco que estaba en la habitación donde se encontraban reunidos e iluminó con él todo el patio, quedando los tres agentes bien visibles, a merced de sus enemigos.

Una rociada de balas cayó sobre ellos antes de que el certero disparo de Michel destrozase el foco, dejando el patio nuevamente sumido en semipenumbra, y Wilde quedó inmóvil en el suelo lanzando lastimeros quejidos de dolor.

—Esto no puede seguir así, Alan. Voy a...

—¿Qué vas a hacer?

—Ahora lo verás.

Michel tomó una pistola en cada mano y fue a dirigirse hacia el montón de escombros desde donde eran tiroteados más de cerca, pero no llegó a avanzar.

En el silencio de la noche se alzaron de pronto los aullidos de las sirenas de los coches de la Policía, que se acercaban por el camino en auxilio de sus compañeros, y ello impidió que el agente llevase a cabo el temerario acto que intentaba realizar.

El ¡hurra! que se escapó de los labios de Alan se confundió con las maldiciones que lanzaba Lavin al ver perdida la partida.

—¡La Policía! ¡Sálvese quien pueda! —gritó uno de los pistoleros, y todos iniciaron la huida, desmoralizados. Tres más cayeron bajo los certeros disparos de Alan y Michel.

—Vamos —dijo éste—. Hay que impedir que lleguen a los coches.

Detrás de los pistoleros, que huían en todas direcciones, sin

preocuparse más que de su salvación, penetraron de nuevo en la nave, sumida en tinieblas. A sus oídos llegó el suave ronroneo de un motor en marcha.

Corrieron hacia allí y la rabia de la impotencia se pintó en sus rostros, pues en aquel momento un automóvil se lanzaba fuera del edificio, a través de un gran portalón, recogiendo, al pasar junto a las puertas, al hombre que las había abierto.

La pistola que empuñaba Michel escupió fuego sobre aquel hombre, que abrió los brazos y cayó al suelo antes de poder alcanzar el coche, pero Alan no pudo precisar sus disparos dirigidos a las ruedas, y el automóvil se alejó en la oscuridad, llevándose a los cabecillas de la cuadrilla.



VII



ICHEL y Alan recibían con cierto disgusto las felicitaciones del inspector McKintosh. La cuadrilla había sido deshecha, esto era cierto. Pero había escapado el jefe, que, en cualquier momento, podía formarla de nuevo. Todos cuantos se encontraban en la fábrica abandonada, cayeron en poder de la Policía, excepto Lavin y el misterioso personaje que ocultaba su rostro tras el potente foco de luz.

—No me felicite, inspector —replicó Michel—. Aún queda por hacer lo más importante.

—Pero no dudo de que lo conseguirán, y no se les olvide que estamos siempre dispuestos a prestarles ayuda.

—¿Han interrogado a los detenidos?

—Sí: pero no quieren hablar. Algunos de ellos de buena gana lo harían, pero, temiendo a las represalias, no lo hacen. Desde luego,

todos afirman que no conocen al jefe, y debe ser verdad. En cuanto a ese Albert Lavin, no hemos podido averiguar nada por ellos.

—¿Y los archivos?

—Tampoco. Seguramente se trata de un nombre supuesto.

—Quisiéramos ver a los detenidos —sugirió Alan—. Quizá nosotros podamos sacar algo en limpio.

Pero tampoco ellos consiguieron nada por aquel lado. Durante dos horas intentaron arrancar a los pistoleros una confesión, algún dato, que les proporcionara la pista de Lavin, pero fue inútil.

Todos se encerraron en el mutismo más absoluto y no hubo forma de sacarles una sola palabra, a pesar de los ruegos, las amenazas y las promesas.

Tan sólo uno se asustó un poco cuando Michel le acusó de haber matado a Ronald, y con voz entrecortada confesó que fue Lavin quien lo hizo, pero se calló inmediatamente, temiendo haber dicho demasiado, temeroso de las consecuencias.

Malo era estar en poder de la Policía, pero era peor aparecer un día con una bala alojada en el cráneo o un cuchillo clavado en el corazón, por haber hablado más de la cuenta.

Sin embargo, sus palabras confirmaron a Michel y Alan lo que ya sospechaban; es decir, que Lavin había sido, el autor material de la muerte de su compañero, y decidieron dedicar todos sus esfuerzos a buscar a un hombre, entre los ocho millones de habitantes de Nueva York.

No era tarea fácil, pero lo harían.

Era inútil ya pensar en seguir cualquiera de las pistas anteriores.

Ni por el viejo que recibía los giros, ni por la oficina de la calle Treinta y Dos, podían conseguir ya nada, por lo cual decidieron seguir otros caminos.

—Inspector, quisiéramos que enviase usted un equipo de peritos dactilógrafos a la fábrica y a la oficina de esos bandidos —solicitó Michel.

—Nada más fácil. ¿Qué quieren ustedes, en concreto?

—Que saquen cuantas huellas encuentren en aquella habitación, especialmente del sillón donde se sentaba el jefe, y de la pantalla metálica del foco, así como de todas las pistolas que se han cogido, y de los detenidos, sin olvidarse, naturalmente, de los muertos. Lo mismo debe de hacerse en las oficinas y...

—Comprendo lo que desean: quieren identificar las huellas de ese Lavin y del otro, ¿no es así?

—Exacto. Si sus huellas están ya registradas en algún archivo, y creemos que lo estarán, no nos será muy difícil identificarlos. ¿Cuándo podremos tener esas huellas?

—Deme veinticuatro horas. Mañana estarán a su disposición.

—Muy bien —replicó Michel, levantándose—. ¡Ah! También sería conveniente que examinásemos la documentación de todos los detenidos. Quizá por ahí encontrásemos algo.

—Mañana las tendrán dispuestas, en unión de todas las huellas que se puedan encontrar.

—Como usted ve, inspector, queremos agotar todos los medios antes de apelar a los métodos especiales que posee el

F. B. I.,

para hacer cantar a los recalcitrantes. Ahora bien: si aquellos medios fracasan... —Michel se encogió de hombros en un gesto que completaba suficientemente su inacabada frase—. Lo que si le aseguro es que esos tipos caerán en nuestras manos.

—No lo dudo, después de haber visto lo que han hecho —replicó sonriendo McKintosh.

—Pues eso no es nada, junto a lo que va a ver. Ustedes, los de la Policía, tratan a esas hienas con demasiados miramientos...

—Pero es que sus abogados...

—¡Al diablo sus abogados! Cuando se trata de defender a la sociedad sobran todos esos escrúpulos, y si por mí fuera, no tardarían en acompañarles a la silla eléctrica todos esos abogados, que deshonoran sus carreras defendiendo a esos chacales —resopló, después de largar todo el párrafo de un tirón.

McKintosh le miró, sonriendo con indulgente simpatía ante su fogosidad.

—Celebro no estar en el pellejo de esos pistoleros, estando ustedes detrás —dijo—. Ya saben, mañana, a estas horas, tendrán aquí todo cuanto les interesa.

Michel y Alan abandonaron el despacho del inspector y ganaron la calle.

—¿Dónde vas? —preguntó el primero.

—A buscar a Alina. Voy a llevarla a cenar a cualquier sitio.

—¡Oh el amor! ¿Cómo te ha dado tan de repente?

—Cosas de la vida. Procura que no te pase a ti igual.

—Yo estoy inmunizado contra esas tonterías —presumió Michel.

—Pues, a pesar de eso, ya te llegará la hora.

—¿Dónde vas tú?

—A... —vaciló, no queriéndole decir dónde iba, porque sé dio cuenta de pronto que la carcajada de Alan iba a ser explosiva si le decía que iba a ver a Janet.

—No sé. Cenaré por ahí y luego me iré a dormir.

—Vente con nosotros.

—Ni lo sueñes. Dos son precisos, pero un tercero es un estorbo. Hasta luego. Puedes llevarte mi coche, si quieres.

Michel se echó el sombrero hacia atrás, se metió las manos en los bolsillos del pantalón, como quien camina sin rumbo fijo, y se alejó silbando despreocupadamente, pero apenas Alan se perdió de vista con el coche, su aspecto de despreocupación desapareció como por ensalmo.

Frente a un escaparate se entretuvo largo rato en arreglar el nudo de su corbata y luego, con paso elástico, se encaminó al número 3 de la calle Treinta y Dos.

La realidad era que la imagen deliciosa de Janet Combe se le había metido por los ojos, aunque él trataba de engañarse a sí mismo sin conseguirlo, diciéndose que debía presentarle sus excusas, en un intento vano de justificar su visita. ¡Cómo se habría, reído Alan de él si le hubiera visto moverse con el mayor desasosiego en el ascensor que le conducía al piso 14!

Toda su presencia de ánimo, que no había perdido en los numerosos peligros que había corrido, se derrumbó al llegar frente al departamento número 85. Por dos veces llevó su mano al timbre y otras dos dejó caer el brazo sin haberlo apretado.

Al fin se decidió y, haciendo acopio de su ánimo, pulsó el timbre.

Los pocos segundos que la puerta tardó en abrirse le parecieron siglos y los empleó en tranquilizarse, de forma que cuando la belleza radiante de Janet se encuadró en el marco de la puerta pudo desearle con voz bastante firme:

—Buenas tardes, señorita —su mano derecha subió a la cabeza para despojarla del sombrero, mientras sus ojos seguían fijos en la muchacha.

Janet Combe acababa de llegar a su departamento y un lindo traje de calle resaltaba su esbelta figura, dejando al descubierto unas piernas tan maravillosas, que en otra ocasión hubieran arrancado a Michel un silbido de admiración.

Contra lo que él esperaba, el rostro de la joven se iluminó aún más con una áurea sonrisa, que le llenó de alegría.

—¡Oh, usted...! —exclamó—. Pase, pase, por favor.

La cordialidad de su acogida, tan diferente de aquella otra, hicieron sospechar a Michel que Janet estaba ya enterada de parte de lo ocurrido.

—Siéntese, siéntese, por favor —le invitó, mientras tomaba su sombrero.

Michel tomó asiento en una butaca confortable, junto a una minúscula mesita, y sus ojos recorrieron la estancia, coquetonamente adornada, en cuyos detalles se veía la mano de una mujer.

Por fin sus ojos se detuvieron otra vez en el bellísimo rostro de la joven.

—Yo venía... —dijo—. Deseaba presentarle a usted mis excusas por...

—¡Oh, por Dios...! La que debe excusarse soy yo —replicó ella. Por culpa mía ha estado usted a punto de...— no completó su pensamiento. —Nunca me lo habría perdonado— agregó.

—¿Cómo se enteró?

—El detective del hotel me dijo que unos individuos le habían golpeado en la cabeza cuando bajaba, respondiendo a mi llamada. Yo le describí al hombre que vino a por usted, y reconoció en él a uno de sus aprehensores. Entonces pensé que algo raro ocurría... ¡Dios mío! Desde entonces no he podido dormir tranquila, de modo que su presencia ha sido una gran alegría para mí.

Michel se esponjó. Las palabras de Janet le devolvieron su tranquilidad. La joven sacó unas bebidas y durante cerca de una hora charlaron animadamente, sin que ninguno de los dos se diera cuenta del paso veloz del tiempo.

Al fin Michel miró su reloj y se quedó asombrado.

—¡Pero si son las nueve! —dijo—. Sin duda la estaré molestando...

Ignoraba que también él comenzaba a adentrarse en el corazón

de la muchacha. Había dicho estas palabras por pura fórmula, pero no sentía el menor deseo de marcharse de allí.

«¿Quién va a querer sumirse en las tinieblas teniendo el sol tan cerca?», pensó, y quedó asombrado de poder pensar cosas tan bonitas. «¡Si Alan le viera!».

Pero las palabras de Janet le sacaron de su ensimismamiento, y le indujeron a mandar a Alan al diablo.

—¡No, por Dios, de ninguna manera! —decía la muchacha—. ¿Quiere usted otra copita?

No una, sino cien mil copas hubiera apurado Michel, siendo ella quien se las sirviese. La entrevista se prolongó otra hora más, y cuando se despidieron, como entre sueños, quedaron en verse otro día.

Michel no esperó el ascensor para bajar. Su deseo de moverse, de gritar a los cuatro vientos su alegría, era tan grande que bajó de cuatro en cuatro los escalones y ganó rápidamente la calle ante la asombrada mirada del portero.

Michel se apartó de las calles concurridas y llegó a una plazuela solitaria, desde donde pudo contemplar la luna en todo su esplendor, y ya no le parecieron estupideces los suspiros de Alan ni las frases, que en el transcurso de los siglos, inventaron los poetas al hablar de la luna.

—¡Vaya flechazo! —murmuró, y se alejó silbando alegremente, mientras allá en lo alto un niño rubio y con alas, a quién llamaremos Cupido, se reía satisfecho de su travesura y preparaba otra flecha.

Al día siguiente Michel y Alan se personaron en el despacho del inspector, McKintosh, animados del mejor espíritu.

No se les ocultaba las dificultades que tendrían que vencer para localizar, entre los ocho millones de habitantes de la gran urbe, a dos hombres, uno de los cuales no conocían, y otro que vivía con un nombre falso, pero durante aquella noche habían trazado su plan de trabajo e iban a comenzar éste, llenos de fe en el triunfo.

McKintosh les tenía allanado el camino; sobre su mesa se veían catorce sobres, encima de doce de los cuales campeaban otras tantas pistolas, anteriormente recogidas a los pistoleros muertos y detenidos.

Michel y Alan se sentaron en la mesa, junto con el inspector,

después de saludar a un hombre a quién McKintosh les presentó como uno de los más hábiles dactilógrafos de la Policía de Nueva York.

—Finney y yo —aclaró McKintosh— hemos estado trabajando un rato sobre esto —señaló los sobres que se alineaban en la mesa —, y hemos hecho interesantes descubrimientos que les ahorrarán mucho trabajo.

Michel le dio las gracias y el inspector prosiguió, tomando un sobre:

—Estas huellas corresponden al llamado Jarvis. Es uno de los que han quedado vivos, y las huellas que hay en esta pistola son iguales a las que le hemos tomado y a otras que estaban profusamente repartidas en la fábrica y en la oficina.

—Entonces esas huellas desechadas, ¿no es así?

—Exacto; no son de ninguno de los hombres que lograron huir —aseguró Finney.

El inspector tomó otro sobre.

—Este corresponde a uno de los muertos, a Antón Delaney. También sus huellas estaban muy repetidas, pero no hay lugar a dudas y ya están descartadas.

Por espacio de media hora McKintosh continuó informando a ambos agentes del contenido de ocho de los sobres restantes. Todas las huellas que en ellos aparecían estaban perfectamente clasificadas, y coincidían con las de las correspondientes pistolas y las que los peritos habían sacado a los pistoleros detenidos y muertos, de manera que no había el menor lugar a dudas de que ninguna de ellas pertenecía a Lavin ni al jefe de la banda.

McKintosh tomó uno de los sobres que quedaba.

—Estas huellas se han encontrado en la fábrica sobre la pantalla metálica del foco, y en la oficina en diversos lugares. No corresponden a ninguno de los detenidos, y estas otras —agregó, tomando el otro sobre— se han encontrado solo en la fábrica.

—¿En qué lugar? —inquirió Alan, interesado.

—En varios, especialmente en la base metálica del foco, brazos del sillón y algunos tiradores de las puertas.

—¿Había más huellas? —preguntó Michel.

—Es posible —replicó el perito—; pero éstas son las que hemos podido sacar con limpieza. Había numerosas huellas superpuestas

que no nos ha sido posible separar.

—Está bien, Finney. Le estamos muy agradecidos por su ayuda, y le rogamos transmita nuestro agradecimiento a sus muchachos. Han trabajado ustedes bien y aprisa.

Finney replicó cualquier cosa y Michel miró a su compañero, cuyo cerebro trabajaba intensamente.

—¿Qué opinas tú, Alan? —preguntó.

—No es muy difícil contestar. Creo que esas huellas que quedan sin identificar corresponden a los que pudieron huir; es decir, unas a Lavin y otras al jefe.

—Lo mismo opino —dijo McKintosh—. Ahora falta sabor cuáles son las de uno y cuáles las del otro.

—Eso es fácil de averiguar, si las huellas están registradas en los archivos de la Policía —opinó Finney.

—Y aunque no lo estén —replicó Michel—. Seguramente las que se encontraron en la oficina y en la fábrica pertenecen a Lavin, mientras que las otras serán las del jefe, porque éste no iba nunca por la oficina.

—Tú qué sabes —intervino Alan.

—Es una suposición. Cuando quería algo de Lavin, llamaba por teléfono. Yo mismo tomé un recado suyo la noche que les hice la visita.

—Es cierto. Además esas huellas son las encontradas en el sillón.

—Bien. Pues aclarado este extremo, nos será fácil de identificar a los que las dejaron, si sus huellas están registradas, ¿no, Finney?

—Sí, señor. Y vamos a hacerlo ahora mismo, si lo desean.

—Cuanto antes sepamos contra quién luchamos, mejor —decidió Michel, levantándose.

Los demás le imitaron y los cuatro hombres salieron del despacho.

Poco después se encontraban los numerosos archivos de huellas dactilares.

Llegado a él, Finney miró una de las tarjetas.

—Estas huellas son del tipo de los «Adeltos» —dijo— y corresponde a la fórmula A 33-24. Así que deben de estar por aquí. Siganme. —Se detuvo ante un fichero metálico y buscó en él unos instantes.

—Estas huellas no están registradas —dijo al fin.

—Pruebe con las otras —sugirió Michel.

Finney leyó la tarjeta.

—Estas corresponden al tipo de los «Sinestrodeltos», fórmula S 22-32. Veamos.

Se encaminó sin vacilar a otro punto de la estancia y, llegado a él, tiró de otro fichero.

Dos minutos después, con una sonrisa de triunfo en el rostro, se volvía hacia sus acompañantes.

—Pero éstas sí lo están.

—Veamos —dijo Michel cogiendo la tarjeta que Finney le tendía, y que Alan y él examinaron cuidadosamente.

En la parte superior izquierda estaba señalado el número

29 596

y debajo de esta casilla había otras en las que figuraban las huellas de los dedos de ambas manos.

Michel volvió la ficha y leyó en el reverso los datos relativos al titular de la ficha.

—Desde luego, sus señas corresponden con las de Lavin —dijo —, pero sería conveniente que viésemos una foto de él.

—Nada más fácil —replicó McKintosh—. ¿Qué número tiene?

—El

29 596

—aclaró Finney.

Vamos al archivo general —decidió McKintosh, al mismo tiempo que apuntaba el número en su libreta—. Adiós, Finney. Muy agradecidos.

—Adiós, señores. A su disposición.

Los agentes se despidieron del perito y regresaron con el inspector al despacho de éste, que pulsó un dictáfono.

—¿Baxter? —preguntó cuando le contestaron por el aparato—. Haga el favor de enviarme la ficha número

29 596...

Sí... Sí... Muchas gracias. —Cerró el aparato y agregó—: Dentro de unos minutos la tendremos aquí.

Tras un breve espacio de tiempo, que los tres hombres pasaron charlando, se oyó una llamada en la puerta del despacho, y un ordenanza penetró en él.

McKintosh tomó la cartulina que le tendía, y el ordenanza se

retiró.

—Bien. Creo que aquí está nuestro hombre, ¿es él? —preguntó el inspector, tendiéndole la ficha a Michel.

En un lado de la misma se veía a Lavin retratado de frente y de perfil.

Michel no tuvo dificultad alguna en reconocerle, aunque evidentemente la «foto» había sido hecha algunos años atrás.

—Sí, es él, no hay duda. Veamos los restantes datos —leyó en voz alta—: Larry Bendix; anota Alan. Larry Bendix, alias... no interesa, treinta y siete años. Antecedentes —lanzó un silbido—. ¡Caramba con el tipo! —exclamó—. Tiene una buena hoja de servicios.

Prosiguió el examen de la ficha y leyó al final.

—Actualmente cumple condena en... Mira lo que dice aquí. Evadido de la prisión. Bien, creo que no falta nada —tendió de nuevo la ficha a McKintosh—. Ya sabemos con quién tenemos que enfrentarnos.

—Bueno —declaró Alan—. Realmente no hemos adelantado mucho. Sabemos quién es, pero no dónde está, y tampoco sabemos nada del otro.

—Pero lo encontraremos. Tengo mi plan. Examinemos estos documentos.

Durante largo rato le dieron vueltas a los papeles de los pistoleros detenidos, para ver si encontraban entre ellos alguna nota que les proporcionase el hilo que necesitaban para proseguir las pesquisas.

Una por una fueron revisadas por los tres hombres todas las carteras y papeles.

—Yo no encuentro nada —se rindió Michel.

—Ni yo —confesó el inspector—. ¿Y usted, Alan?

—Quizá esto pueda valer —replicó el aludido—. Es la agenda del llamado Jarvis y hay en ella unas cuantas direcciones.

Michel tomó la agenda. La mayor parte de sus hojas estaban en blanco, pero al final vio, apuntadas con muy mala letra, cuatro o cinco direcciones y teléfonos medio borrados.

Sin embargo, no tardó en percatarse de que uno de los números de teléfono había sido repasado con un lápiz, para evitar que se borrara y comunicó sus sospechas a sus acompañantes.

—Este teléfono corresponde a una tal Laura. No dice el apellido. Debía usarlo con frecuencia, porque lo ha repasado con lápiz para que no se borre. Quizá podamos sacar algo en limpio. Yo me ocuparé de ello, Alan. Mientras tanto tú puedes ir haciendo algunas indagaciones sobre esas otras direcciones.

—Sospecha usted que ese teléfono será el de su amante, ¿no es así? —preguntó el inspector.

—Eso mismo —confesó Michel—. Y si es así, ella me encaminará a la de Larry. Ellos son muy amigos y no hay razón para suponer que ellas no lo sean o, cuando menos, que se conozcan... suponiendo que Larry tenga una amiga.

VIII



ICHEL penetró en un bar y pidió una ficha para el teléfono. Se metió en la cabina y, cerrando la puerta tras él, marcó un número.

Pasó un buen rato antes de que descolgasen el auricular al otro extremo del hilo y una cascada voz de mujer le interpelase bruscamente.

—¿Quién es?

—Oiga, deseo hablar con la señorita Laura.

—¡La señorita Laura! —replicó la mujer en tono despectivo—. No está aquí.

—¿Podría decirme dónde encontrarla? Tengo que hablar con ella urgentemente.

—Todo el mundo quiere hablar urgentemente con ella. Primero, el otro; ahora, usted. Está trabajando. En el Salón Oasis la

encontrará.

—Oiga, ¿dónde?...

Comenzó a preguntar Michel, pero su pregunta quedó interrumpida al colgar la mujer bruscamente el auricular.

El agente se sonrió. Después de todo las cosas no iban mal hasta el momento. De pronto una idea acudió a su mente. ¿Habría llamado Lavin a la muchacha para darle cuenta de la detención de Jarvis?

Tendría que obrar rápidamente o, de lo contrario, llegaría tarde. Quién sabe si no lo era ya.

Febrilmente buscó en la guía telefónica la dirección del Salón Oasis.

No tardó en encontrarla. Estaba en la parte alta de Brooklyn, cerca de Queen's.

—Debe ser un salón de mala muerte —rezongó al comprobar su emplazamiento.

Su impresión quedó confirmada cuando quince minutos más tarde, exactamente a las nueve de la noche, un «taxi» le dejaba a la puerta del salón donde trabajaba Laura Dulff.

Durante unos instantes contempló su destartalada fachada, en la cual lucía un anuncio luminoso, representando un oasis con más pretensiones que buen gusto, y luego fue a penetrar en el salón, pero el portero le contuvo.

—Tendrá que sacar su entrada si quiere pasar —le advirtió con no muy buenos modales, y sus palabras dieron a Michel una idea del carácter del local.

Era sencillamente un «*dancing*» de «taxi girls», donde cada baile tenía su precio y decenas de muchachas hacen de su habilidad para bailar un instrumento de trabajo, bailando agotadoramente durante seis u ocho horas al día.

Sacó cuatro vales, que le daban derecho a otros tantos bailes, a cinco centavos cada uno y penetró en el salón, donde una bulliciosa multitud, marineros en su mayor parte, se movían estrepitosamente al compás de una chillona orquesta.

Varias muchachas de rostro marchito y cansado, y ademanes estudiados estaban repartidas por las mesas situadas alrededor de la amplia pista.

Michel se dirigió a una de ellas, invitándola a bailar con un ademán.

La muchacha se levantó con aire resignado y cansino. Para ella el baile no era un placer, sino una obligación, y por ello perdía todo su encanto.

—El «*ticket*» —demandó sin la menor cordialidad al iniciar la danza.

Durante el fox lento que desgranaba la orquesta, Michel llevó la conversación al terreno que deseaba. Sabía ser ocurrente cuando quería, y ello, unido a que no le pisaba los pies al bailar, ganaron enseguida a la joven.

—Usted no es de la clase de gente que viene a estos sitios —le espetó de pronto su pareja—. ¿Qué hace aquí?

—Busco a una joven. Se llama Laura...

—¿A Laura Dulff? —preguntó ella, y Michel asintió. La joven tendió la vista por la sala—. Mírela —agregó—. Es aquella que baila con aquel hombre bajito.

Siguiendo la dirección que le marcaba el mentón de su pareja, Michel vio a una mujer que no se diferenciaba en nada de las demás «*taxi girls*». Los mismos labios rojos, idéntico vestido escotado e igual gesto de resignación y cansancio en sus ojos azules.

Cuando terminó el baile y la orquesta inició otro, se dirigió hacia ella sin vacilar, ganando la acción por un segundo al pequeño hombrecillo, que parecía haber tomado la exclusiva de la muchacha.

Laura se abandonó en sus brazos, dejándose llevar al compás del «*blue*» que la orquesta interpretaba, y Michel le preguntó:

—¿Es usted Laura Dulff?

—La misma —replicó la muchacha—. ¿Desea algo de mí? —Su voz estaba totalmente desprovista de interés.

—¿Dónde podemos hablar a solas? Vengo de parte de Jarvis.

Su tono la hizo comprender que algo ocurría, y Michel se apuntó el primer tanto al ver que no negaba que conocía al pistolero.

—Hay un jardín ahí detrás. Venga.

Lo tomó de la mano y le condujo a través de las demás parejas, hasta un pequeño recinto arbolado situado a la trasera del salón, al cual no le cuadraba evidente el pomposo título de jardín que ella acababa de darle.

Se sentaron en una mesa situada debajo de un árbol. La iluminación era bastante deficiente, no por ahorrar, supuso Michel, sino como medida de protección para las parejas que buscaban el refugio del jardín.

Apenas se habían sentado cuando un camarero se acercó a ellos.

—Pide cualquier cosa —aconsejó Laura—. Si no, no nos dejarán estar aquí.

Cuando el camarero les sirvió, Laura no se anduvo con rodeos.

—¿Qué hay de Jarvis? No le he visto desde hace dos días.

—Está detenido —replicó Michel observando el efecto de sus palabras—. Y me ha encargado que venga a decírtelo para que estés prevenida por si la «Poli» te preguntase algo.

—¿Detenido? —preguntó ella alarmada.

—Sí. Han detenido a casi todos. Yo no estaba allí —agregó al ver que Laura le miraba con la sospecha pintada en el rostro.

—Entonces, ¿cómo te pudo decir que...?

Michel se dio cuenta de que la muchacha no tenía nada de tonta, pero ya llevaba preparada la respuesta.

—Es un convenio que hicimos. Si alguno caía en manos de la bofia, los demás debían avisar a su familia o amistades. Por eso he venido a avisarte —Michel se levantó—. No te molesto más. Ya sabes a qué atenerte. Yo voy ahora a avisar a la amiga de Lavin.

—¿También le han detenido?

—Sí —mintió Michel—. No me queda que avisar más que a ella —agregó, mientras pensaba si el pistolero había logrado ya comunicar con Laura, en cuyo caso su plan se vendría abajo—. Por cierto que tenía sus señas, pero debo haberlas perdido, porque no las encuentro por ninguna parte.

—Déjalo. Yo misma se lo diré.

Las palabras de Laura confirmaron a Michel que no se había equivocado al pensar que la amistad que unía a ambos pistoleros era extensiva a las jóvenes. Sin embargo, el propósito de Laura estaba a punto de echar a rodar sus planes, pero a pesar de ello no quiso insistir para no aparecer sospechoso, y replicó:

—Bueno. Avísala tú. Yo me voy ya. Temo que la «Poli» me busque a mí también.

Michel pagó la consumición y se alejaron de nuevo hacia el salón.

Una vez en él, Laura se dirigió hacia la cabina telefónica, y apenas cerró la puerta tras ella, Michel se deslizó rápidamente en la cabina contigua.

A través del delgado tabique de madera oyó cómo Laura marcaba un número, y su oído, aguzado al límite, percibió perfectamente cada número que marcaba, por el rumor del aparato.

Luego se oyó la voz de la muchacha.

—Oiga: ¿está la señorita Annie?

Siguió un rato de silencio mientras Michel pensaba el mejor medio para interrumpir aquella comunicación. No entraba en sus planes que Laura hablase con la amiga de Lavin, porque podría descubrirse todo su juego.

De pronto dio con ello. Lo lamentaba, pero no tenía más remedio que hacerlo. Annie Astor estaba ya en el aparato.

—¿Eres tú, Annie? —preguntó Laura—. En aquel momento la puerta de la cabina se abrió y Laura vio a Michel penetrar en ella. Su gesto duro debió de decirle algo, pero no llegó a manifestarlo. La mano del agente le arrancó violentamente el auricular, que quedó colgando del gancho. Luego, antes de que la sorprendida muchacha tuviera tiempo de hacer el menor movimiento, su puño chocó contra su barbilla.

El golpe iba bien medido y aun en el estrecho recinto de la cabina surtió su efecto, y Laura Dulff se tambaleó, cayendo en los brazos de Michel, que la depositó suavemente en el suelo.

—Lo lamento, preciosa —dijo, dirigiéndose al cuerpo inanimado de la muchacha—, pero tendrás que pasar unos días a la sombra. Sólo hasta que tengamos a Lavin.

Un «botones» pasaba por allí en aquel momento.

—Oye, muchacho. La señorita se ha desmayado. ¿Quieres buscar un «taxi»? Yo mismo la sacaré de aquí.

Mientras el «botones» corría a buscar el «taxi», Laura comenzó a dar señales de vida, pero otro golpe bien aplicado la impidió volver en sí.

Unos segundos después, ayudado por el «botones» y dos camareros, y bajo la expectación de numeroso público, Michel metía a Laura en el coche.

—Al puesto de socorro más cercano —dijo al chófer en voz alta. Pero apenas habían recorrido unos metros cuando rectificó la orden:

—Ponga proa a la Jefatura de Policía, amigo. Sí, no ponga usted esa cara. He dicho a la Jefatura de Policía.

Una vez que Laura estuvo instalada en una celda de la Jefatura, Michel telefoneó a la Central Telefónica de Brooklyn y pidió que le pusieran con el Centro. Quería confirmar que el número que había oído marcar a Laura estaba bien tomado. Era fácil equivocarse guiándose sólo por el ruido del disco.

—Oiga —dijo cuando le dieron línea—. Hace un momento se ha hecho una llamada desde el Salón Oasis, número doscientos cuarenta y siete de la calle *Rangers*, de Brooklyn. ¿Quiere decirme a qué número han llamado?

—¿Quién lo pregunta?

—Jefatura de Policía. Es muy importante. Dese prisa.

Resultó que en el espacio de media hora se habían hecho seis llamadas desde el Oasis, y Michel vio con satisfacción que, entre los números, estaba el que él retenía en la memoria, equivocado tan sólo en una cifra.

Las cosas se iban desarrollando a medida de sus deseos y, silbando satisfecho, abandonó la Jefatura.

Y se encaminó en el mismo «taxi», que le llevó a ella, a encontrarse con otra mujer, que le esperaba anhelante, aunque él no lo sabía.

Cuando sus ojos se posaron en el rostro radiante de dicha de Janet Combe, la comparó mentalmente con la mujer sin fe y sin moral que acababa de dejar sollozando en el calabozo y no pudo por menos de sentir compasión de ella.

La voz de Janet le sacó de su abstracción.

—¿Es usted siempre tan poco puntual? Hace un buen rato que le espero.

—¡Oh, perdone! No me fue posible venir antes. Me retuvo un importante asunto, pero estoy aquí, y verá cómo vamos a divertirnos.

Después de cenar fueron al baile; luego pasearon a la luz de la luna por el inmenso Central Park y, durante el paseo, Michel se enteró de muchas particularidades de la vida de Janet Combe, sin dar a conocer a la joven ninguna de la suya.

Supo, por ejemplo, que hacía pocos días había llegado a Nueva

York, procedente de San Luis, donde había pasado la mayor parte de su vida en compañía de una tía soltera, ya entrada en años.

El padre de Janet marchó a Australia cuando ella era una niña, por lo cual sólo conservaba de él un vago recuerdo, y al morir su madre quedó al cuidado de su tía, con la cual había permanecido hasta su llegada a Nueva York.

Contaba a la sazón veintidós años. Su padre se había separado de ella cuando sólo tenía ocho y no le había vuelto a ver desde entonces, pero periódicamente recibía desde Australia sus cartas y dinero suficiente para vivir.

Sin embargo, esto no era bastante para Janet. Quería estar al lado de su padre. Muchas veces le escribió instándole a que le dejase marchar a su lado, pero él se negó siempre, alegando que la parte de Australia en la que vivía era la menos adecuada para una mujer como ella.

Lo que tanto esperaba llegó al fin. Un día recibió una carta de su padre, en la cual le decía que próximamente llegaría a los Estados Unidos, para no separarse más de ella. Le decía también que, mientras tanto, fuese a ver a un amigo suyo que acababa de abandonar Australia para instalarse en Nueva York, el cual le daría noticias suyas.

—¿Has ido a verle? —preguntó Michel.

—Sí. Es un hombre ya de cierta edad y sumamente agradable. Me ha contado muchas cosas de papá, lo que tuvo que luchar para abrirse camino, el dolor que le produjo la muerte de mi madre y el cariño que siente por mí. Dice que está contando los minutos que faltan para reunirse conmigo.

—¿Cuándo viene?

—Dentro de pocos días —replicó ella.

Estaban sentados en un banco. La luz de la luna que se filtraba por el ramaje iluminaba débilmente el rostro de Janet, radiante de satisfacción.

—¿Tienes deseos de verle? ¿No es así?

—Imagínate.

—Yo también estoy deseando que venga, ¿no te figuras para qué?

El corazón de Janet comenzó a latir apresuradamente.

¡Claro que lo sabía! Pero a pesar de ello fingió ignorancia.

Michel tomó una de sus manos y se acercó más a ella.

—A alguien tenemos que decirle que vamos a casarnos. ¿No te parece?

Janet se volvió hacia él sonriendo y no replicó.

—Janet, ¿qué harías si yo te besase? —preguntó Michel en voz baja.

—Prueba a ver...

Y lo que hizo ella fue perfectamente normal en una mujer enamorada. Le rodeó el cuello con sus brazos y replicó a los besos de Michel con los suyos.

Cuando media hora después subía a su departamento, con el corazón radiante de felicidad, se acordó de pronto de que había contado a Michel toda su vida, pero ella no sabía ni una sola palabra de la de su amado.

Mientras metía la llave en la cerradura, se encogió de hombros.

¿Qué importaba aquello? Le quería... y con ello bastaba.

IX



partir de este momento los sucesos se desarrollaron con sorprendente rapidez. Una vez identificada la casa donde vivía Annie Astor, que resultó ser una modesta pensión situada en el

Quem's,

les resultó fácil a los dos amigos enterarse de dónde trabajaba la muchacha, y a partir de entonces, dos agentes de la Policía del Estado de Nueva York siguieron implacablemente todos sus pasos.

Todos sus actos, todas sus idas y venidas quedaban registradas hora por hora por los dos policías, que además llevaban encima sendos retratos de Lavin.

Sin embargo, éste no aparecía ni se dejaba ver por parte alguna. Todos los días los agentes informaban a Michel y Alan de las andanzas de la muchacha y al tercer día ambos amigos pudieron

comprobar por dichos informes que Annie Astor visitaba frecuentemente cierta pensión situada en la calle Ciento Cinco Este.

—Me parece, Alan, que ya tenemos a nuestro hombre —dijo Michel a la vista de aquellos datos—. O mucho me equivoco o está en esa pensión.

Alan fue de la misma opinión que su compañero, y juntos organizaron un plan para seguir los pasos de Larry Bendix, por otro nombre Albert Lavin, seguros de que más tarde o más temprano el pistolero saldría de su refugio para entrevistarse con el misterioso personaje, cuyas huellas seguían los agentes con tanto ahínco, deseosos de vengar la muerte de su compañero.

Aquel mismo día, Alan se instaló en la pensión donde se hospedaba Larry Bendix. Fingía ser un desocupado que había ido a visitar Nueva York, pero en realidad no perdía de vista al pistolero ni un momento, mientras en la calle, Michel y dos agentes más se relevaban periódicamente, manteniendo sometida la pensión a una discreta pero rigurosa vigilancia.

Aquella misma noche, Alan telefoneó a su compañero.

—Oye, Michel —le dijo—, está aquí, en efecto, pero no sale de su habitación para nada. Sólo le he visto un momento mientras llamaba por teléfono, pero no he podido captar el número.

—¿Has oído lo que decía?

—Sí. Hablaba con alguien, exigiéndole dinero, al parecer. Incluso le amenazaba con denunciarle a la Policía, pero al final han debido llegar a un acuerdo, porque he oído a Larry calmarse y asentir.

—Vigila bien, Alan. Quizá haya pedido dinero para largarse del país. ¿Sospecha algo?

—No creo; aquí hay varios huéspedes y él no me conoce.

Desde aquel momento se redobló la vigilancia alrededor de la casa, y el mismo Michel pasaba largas horas ante ella, en realidad cuántos ratos le dejaban libres sus entrevistas con Janet.

Los dos jóvenes estaban cada día más enamorados, y la dicha de la muchacha era completa. Por un lado estaba segura del cariño de Michel, y por otro pronto se reuniría para siempre con su padre.

Michel, por su parte, estaba deseoso de terminar aquel asunto cuanto antes, para pedir formalmente a la muchacha que se casase con él.

Acabó de consumir la cena que le habían servido en un restaurante próximo a la guarida de Larry Bendix, y después de abonar su importe, abandonó el local, y se dirigió en su coche al lugar donde se encontraba uno de los agentes que alternaban con él en la vigilancia de la pensión.

—¿Ha habido novedad, Peter?

—No, señor, ninguna.

—Está bien; ya puede irse.

El agente se alejó, y Michel, encendiendo un cigarrillo, se dispuso a matar unas horas en su puesto de vigilancia.

Habría sido cosa fácil detener a Larry, pero no tenía intención de hacerlo, porque con ello se perderían las probabilidades de encontrar al otro individuo, que era, sin duda alguna, el cerebro de la cuadrilla, y estaba seguro de que, tarde o temprano, Larry los llevaría a él.

Las horas pasaban con lentitud; la campana de una lejana iglesia dio las once de la noche, y Michel seguía en su puesto, consumiendo cigarrillos sin parar.

La figura de una mujer apareció en un extremo de la calle semidesierta. Al principio, Michel no le prestó atención, pero luego fijó su mirada en ella.

Andaba despacio por la acera contraria a la en que él se encontraba, y parecía buscar alguna casa, pues miraba los números de todas las puertas ante las cuales pasaba. Michel la miró de nuevo. A través de la calle y a la no muy clara luz de los faroles no podía distinguirla bien, pero notó en ella algo que le era familiar.

De pronto la reconoció. Estaba ahora frente a él, mirando atentamente al portal que Michel vigilaba. Luego comparó el número que campeaba sobre la puerta con el que llevaba apuntado en un papel y penetró en el portal, pero ya Michel se había dado cuenta de que aquella mujer era Janet Combe.

¿Qué haría allí a aquellas horas? ¿Iría a ver a Larry Bendix?

Su corazón saltó en su pecho al considerar aquella posibilidad, pero inmediatamente la rechazó por imposible y absurda.

Seguramente iría a ver a otra persona, a alguna amiga quizá, aunque realmente no era aquélla la hora más a propósito para hacer visitas. De todas formas, pronto lo sabría, y sería Janet misma quien se lo dijera.

Estaba sumido en sus reflexiones cuando la joven apareció de nuevo en el portal y se alejó con paso rápido por el mismo camino que había llevado, sin que Michel hiciera el menor movimiento para acompañarla.

Transcurrió media hora más. La calle aparecía ya totalmente desierta cuando de pronto la figura de Alan se dibujó en la puerta. Bajó rápidamente los escalones, y se dirigió en línea recta hacia el lugar donde sabía que debía de encontrarse Michel.

Éste le vio llegar junto a él, presa de la mayor agitación.

—¿Qué ocurre, Alan? —le preguntó.

Larry se va. Ha pedido la cuenta y tiene una maleta preparada en el vestíbulo. No tardará en salir.

—¿Ha recibido alguna visita? ¿La de una mujer, por ejemplo?

—No me he dado cuenta. ¿Por qué?

Michel no contestó directamente a la pregunta de Alan.

—Al parecer ha recibido el dinero, ¿eh? —dijo.

—Eso parece.

—Hemos de tener mucho cuidado, Alan. Vamos a seguirle cuando salga. Si sólo intenta cambiar de pensión le dejaremos en paz, pero si lo que quiere es huir no tendremos más remedio que detenerle.

—Pero eso supone que nunca encontraremos al otro.

—Correremos el riesgo, antes de permitir que se largue. Míralo, ahí está.

Efectivamente, la puerta de la pensión se abrió de nuevo, y Larry Bendix se deslizó al exterior.

Llevaba en su mano una pequeña maleta, y antes de bajar la escalera miró cautelosamente a ambos lados de la calle. Michel y Alan se aplastaron contra la pared del portal que les servía de observatorio. Un «taxi» se acercó a la acera, parando junto al pistolero, que se metió en él.

—Debe de haberlo pedido por teléfono —comentó Alan.

—¡Vamos! No hay tiempo que perder. Ya no puede vernos.

En el mismo momento en que los dos agentes montaban en el coche que Michel había dejado dos manzanas más abajo, el «taxi» que conducía a Larry pasó ante ellos.

La persecución duró media hora, y al salir del dédalo de calles de la ciudad, el «taxi» tomó un camino bien definido.

—Ese tipo intenta huir. Éste es el camino de la estación.

—¿Qué tren puede tomar a estas horas? —interrogó Alan.

—Entre ellos, uno magnifico, que le dejará en el Canadá mañana a mediodía, si no me equivoco.

—Larry abandonó el «taxi» a la puerta de la estación, y después de abonar su importe, se dirigió sin vacilar a la taquilla donde se expendían los billetes, sin sospechar que era vigilado.

Con el billete en la mano fue a penetrar en el andén cuando alguien se cruzó en su camino a la puerta del mismo, impidiéndole el paso.

—Perdón, señor, ¿quiere darme lumbre?

—¡Váyase al diablo! —replicó el pistolero.

Pero enseguida se dio cuenta de que alguien estaba detrás de él presionando con algo duro en sus riñones. Se volvió rápidamente y se encontró con el rostro sonriente de Michel, al cual reconoció inmediatamente. Su cara tomó un tinte ceniciento, pero no dijo nada.

—Caramba, qué casualidad —exclamó Michel—. Es la segunda vez que nos encontramos. ¿Cómo está usted?

Larry apretó los labios. Su cerebro sólo pensaba en que todo estaba perdido y en aprovechar la primera ocasión que se le presentase para huir.

—Vaya, vaya —prosiguió Michel—, parece que se han cambiado las tornas, y ahora es usted el que va a acompañarme a mí. Alan, regístrale.

Al oír esto, Larry efectuó un movimiento que fue cortado por el aumento de la presión de la «Luger» que empuñaba Michel.

—Cuidado, amigo —advirtió éste—. Yo no esperaré a estar delante de nadie para darle lo suyo.

Larry recapacitó. No sabía qué pruebas tendrían contra él, pero era posible que con la ayuda del jefe y un buen abogado, no pudieran acusarle de nada ante un Tribunal, pero si le encontraban un arma encima su defensa iba a ser imposible.

Sólo el andén le separaba del tren y de la libertad. La máquina lanzó un pitido de aviso y el convoy comenzó a moverse. Era su última oportunidad, y Larry no perdió el tiempo.

Alan estaba ante él, palpándole los costados, mientras Michel le encañonaba por la espalda. El pistolero movió velozmente sus

manos y agarrando a Alan de la cintura, efectuó un rápido movimiento, que situó al agente entre él y el arma que le amenazaba, que dando al mismo tiempo libre el camino hacia el tren.

La rapidez de su acción sorprendió a Michel. Larry avanzó velozmente y atravesó el andén de dos zancadas, mientras Michel empujaba a Alan hacia un lado.

El tren llevaba aún poca velocidad, cuando Larry saltó a un estribo. Michel disparó sobre él, pero los proyectiles no dieron en el blanco, a causa de la precipitación con que tiró.

—¡Pronto, Alan! ¡Al tren! —ordenó.

Tuvieron el tiempo justo para izarse a la plataforma del último vagón. Un segundo más, y Larry habría consumado sus propósitos de fuga.

—Vamos a recorrer el tren —dijo Michel—. Y no olvides que va armado. En cuanto le veas dispara sobre él.

Comenzando por el último vagón fueron recorriendo el convoy hasta llegar al primero, sin encontrar el menor rastro del pistolero.

—¿Se habrá tirado en marcha? —preguntó Alan.

—No creo que se exponga a partirse la crisma. Tiene que estar en el tren y hemos de atraparle antes de llegar a la primera estación.

—¿Dónde se habrá metido?

En eso mismo pensaba Michel, y de pronto se dio una palmada en la frente.

—Ya lo tengo. No puede estar más que sobre el techo del tren. Voy a subir, Alan. Mientras yo recorro el tren por arriba, tú lo harás por abajo, aproximadamente a la misma marcha que yo. De esta forma le iremos acorralando hacia el final del tren.

Sin hacer caso de las protestas de Alan, Michel se encaramó al techo del convoy. Éste avanzaba a gran velocidad, y el agente tuvo que agarrarse con todas sus fuerzas para impedir que el viento le arrojase de él.

Tendido sobre el techo del primer vagón, avanzó lentamente a la rastra, y al llegar a la mitad del mismo se incorporó para mirar ante él.

Una bala que pasó silbando sobre su cabeza le demostró que, como había sospechado, Larry estaba allí, pero que no tenía

ninguna intención de rendirse sin lucha.

A la luz de la luna, Michel divisó su silueta, pegada al techo del vagón. Apuntó cuidadosamente y disparó, aunque sabía que era muy difícil dar en el blanco, con tan poca luz y el traqueteo del tren.

Larry se encontraba en el vagón siguiente al en que él estaba, y el agente observó que el pistolero retrocedía. Avanzó a su vez, y pronto se apercibió de que había llegado al límite posterior del primer vagón, y que tendría que saltar al otro si quería seguir empujando a Larry hacia el final del tren.

Era peligroso dar el salto. Éste duraría solo unas décimas de segundo, pero durante aquel tiempo estaría expuesto a los disparos de Larry, que, seguramente, estaría alerta para no perder aquella oportunidad.

Sin embargo, Michel no dudó. Se acercó al borde del vagón, luego se incorporó de repente y saltó. Como esperaba, Larry no desperdició la ocasión. Del lugar donde se encontraba surgieron dos lenguas de fuego, y Michel, antes de caer cual largo era en el techo del segundo vagón, sintió la mordedura del plomo en su pierna izquierda, a pesar de lo cual continuó avanzando implacablemente hacia el pistolero.

«Ahora me toca a mí —pensó—; si quiere escapar tendrá que saltar al otro vagón, y veremos a ver si yo también fallo mis disparos».

Pero la mala suerte le acompañaba aquella noche. Mientras Larry permanecía aplastado poco más allá de la mitad del vagón, acechando la ocasión de disparar de nuevo, Michel tenía que seguir avanzando hacia él, a pesar del dolor que comenzaba a sentir en su pierna herida.

Ello hizo que al tomar el tren una curva muy pronunciada, Michel se viese lanzado de repente fuera del techo del vagón.

Por un momento rodó por él, pareciendo que iba a estrellarse contra el suelo, pero en el último instante, soltando la pistola, logró asirse desesperadamente con ambas manos a un ventilador del vagón, quedando con medio cuerpo colgando fuera del tren, haciendo desesperados esfuerzos para izarse de nuevo al techo, mientras el convoy devoraba velozmente los kilómetros.

Larry se percató de la situación y no vaciló en aprovecharse de

la ocasión que la suerte le había deparado, para desembarazarse de su rival. Incorporándose ligeramente avanzó hacia él, pistola en mano, con una satánica sonrisa de triunfo en sus finos labios.

Mientras tanto, Alan avanzaba por el interior del tren, tratando de atemperar su paso al de Michel, pero con los nervios en tensión.

No le convencía que su compañero se reservase siempre la parte más peligrosa, primero porque no era justo que fuera Michel quien corriera todos los peligros y, además, porque también a él le gustaban las emociones fuertes.

Al llegar al final del primer vagón, miró hacia arriba por una ventana, y le pareció distinguir una sombra que se movía.

—Debe ser Michel, que ha saltado al otro vagón —murmuró. Y al mismo tiempo oyó dos detonaciones sobre él, que aumentaron su intranquilidad.

Prosiguió su camino despacio, y se encontraba ya cerca de la mitad del segundo vagón, sin fijarse en la curiosidad que despertaba en los demás viajeros, cuando el tren tomó bruscamente una curva y Alan se vio lanzado contra un asiento.

Con sus mejores modales pidió perdón al caballero que lo ocupaba, y de pronto, al levantar la vista, vio algo que le hizo estremecerse. ¡La punta de los zapatos de un hombre asomaban por la ventanilla que tenía frente a él! Y aquel hombre debía de estar herido a juzgar por la mancha de sangre que se veía en el zapato correspondiente a la pierna izquierda.

Alan reconoció en el acto los zapatos de Michel y también se aperció de que sus pies pataleaban en el vacío, como buscando algo en qué apoyarse o como si Michel tratase inútilmente de izarse.

Todo esto lo pensó Alan en el espacio de una fracción de segundo, al mismo tiempo que calaba en su mente la idea de que Michel se encontraba en mala situación y necesitaba su ayuda. Los segundos que siguieron le encontraron encaramándose al techo del tren por la plataforma del último vagón.

Cuando estuvo sobre él no vio nada al principio, pues el aire que le azotaba a la cara le obligaba a mantener los ojos entornados, pero al avanzar a la rastra, desafiando la furia del viento, percibió un bulto que se movía cautelosamente a pocos metros delante de él.

El tren aminoró su marcha al cruzar un puente en reparación, y a la luz de los potentes focos que empleaban los obreros que

trabajaban en él, Alan se dio cuenta del trágico significado del cuadro que tenía delante.

Larry Bendix llegaba en aquel momento junto a Michel, que, aferrado desesperadamente al ventilador, con medio cuerpo colgando fuera del tren, estaba totalmente incapacitado para defenderse.

Alan avanzó rápidamente pistola en mano, favorecido por la momentánea disminución de la velocidad del convoy y lanzó un grito, que se confundió con los de algunos de los obreros que trabajaban en el puente, que se habían dado cuenta de la tragedia que se estaba desarrollando.

Su grito llegó hasta el pistolero, que en aquel momento se disponía a lanzar una patada al rostro de Michel, y Larry se dispuso a hacer frente al nuevo peligro que avanzaba hacia él.

El pistolero llevaba todas las ventajas. Se encontraba de espaldas al viento que no le molestaba, mientras que daba en la cara de Alan. Además era éste quién debía avanzar mientras a él sólo le tocaba esperar que se acercase.

Alan saltó al otro vagón y percibió el zumbido de los dos proyectiles que Larry acababa de largarle. Disparó a su vez, pero no dio en el blanco... En vista de ello se incorporó y avanzó lo más rápidamente que pudo. Larry se incorporó también, olvidándose de Michel, y aquello le perdió.

Sus piernas quedaban tentadoramente cerca de las manos de éste, el cual, haciendo gala de su fuerza, soltó su mano izquierda del ventilador y agarró con ella una pierna del pistolero, tirando violentamente hacia él, al mismo tiempo que Alan vaciaba contra Larry su cargador desde pocos pasos de distancia.

Larry perdió el equilibrio. Sus disparos se perdieron en el aire, y él cayó del techo del tren, lanzando un grito de terror. Su cabeza rebotó al caer sobre el pretil de hierro del puente y se precipitó fuera de él, hundiéndose en el abismo, mientras el tren aumentaba de nuevo su marcha.

Ayudado por Alan, Michel logró izarse al techo con grandes trabajos.

Pocos minutos después se encontraban en el interior de un vagón, rodeados por la curiosidad de los viajeros, mientras un médico que accidentalmente se encontraba en el convoy, prestaba

los primeros cuidados a la herida de Michel.

X



A reunión se celebraba en la habitación ocupada por Alan y Michel en la pensión. Se encontraban presentes los dos agentes y el inspector McKintosh, que tomó asiento después de saludar efusivamente a ambos y de interesarse por el estado de la herida del segundo.

Ésta no tenía importancia, pues no interesaba el hueso, pero el médico había insistido en la conveniencia de que Michel reposase durante unos días, a fin de acelerar su curación, y éste no tuvo más remedio que resignarse.

Por otra parte, con la muerte de Larry las investigaciones habían llegado a un punto muerto, y todo parecía indicar que la personalidad del misterioso personaje iba a quedar ignorada.

—¿Han encontrado el cuerpo de Larry? —preguntó Alan.

—Sí —replicó McKintosh—. Estaba detenido en la orilla del río,

enganchado en unos arbustos a una milla del puente. Tiene la cabeza destrozada...

—Vi cómo se daba contra el puente al caer —interrumpió Alan.

—Pero aunque no hubiese sido así, habría corrido la misma suerte, porque tenía tres balazos en el pecho.

—¿Llevaba encima algo de interés? —preguntó Michel.

—Eso es todo lo que llevaba encima —replicó el inspector, entregándole una cartera—. Aparte, claro está, de una pistola, un fajo de billetes de quinientos y mil dólares y otras cosas sin importancia.

La cartera no contenía nada de particular. Algunos papeles con cuentas, unas fotografías y cartas de mujer y nada más. Total, nada que indicase un camino a seguir.

—Han llevado ustedes a cabo una labor magnífica —comentó McKintosh.

—No la hemos llevado a cabo, inspector, puesto que no está terminada —opinó Alan.

—Olvídese de eso, muchacho. Larry fue el autor de la muerte de su compañero y el alma de la organización. Muerto él...

—Muerto él, queda el otro, que era el cerebro y que puede en cualquier momento organizar otra cuadrilla —intervino Michel.

—Nada podemos hacer y debemos de conformarnos. Si hubieran podido coger vivo a Larry... Pero ya no hay remedio...

—Quizá lo haya —observó Michel—, y Alan y el inspector le miraron sorprendidos.

—¿Qué quieres decir, Michel? ¿Tienes alguna idea?

—Es sólo una sospecha. Verán ustedes. Larry no tenía dinero cuando Alan le oyó telefonear; sin embargo, dos horas después se marchaba de la pensión, llevando encima cerca de cien mil dólares. Es evidente que alguien le llevó el dinero.

—Tiene usted razón —asintió el inspector—. Siga usted.

Alan también estaba interesado por ver dónde iba a parar Michel con sus deducciones.

—¿Recuerdas, Alan, que cuando saliste a decirme que Larry se marchaba te pregunté si había recibido la visita de una mujer?

—Sí, ahora lo recuerdo. ¿Por qué me hiciste esa pregunta?

—Porque minutos antes una mujer penetró en la pensión. No hay más que enterarse si esta mujer fue a ver a Larry, y ya está todo

solucionado.

—Todo no —intervino Alan—, puesto que tampoco conocemos a esa mujer.

—Yo sí la conozco.

—¿Tú?

—¿Usted?

Las dos interrogaciones partieron simultáneamente de labios de sus interlocutores, hacienda sonreír a Michel.

A continuación les explicó sus relaciones con Janet, a partir del momento en que penetró en su habitación, hasta aquel otro en que la vio entrar en la pensión de Larry Bendix, pero callándose la parte relativa al motivo de su presencia en Nueva York.

—¿No formará esa mujer parte de la cuadrilla? —preguntó suspicazmente el inspector—. Es mucha casualidad que viviera en el piso de al lado y que luego fuera a...

—Nada de eso, inspector. La muchacha no tiene nada que ver con esos tipos. Es simplemente una víctima de las circunstancias.

—Sí, pero alguien la mandaría llevar el dinero a Larry, ¿no? —observó el inspector.

—Naturalmente... en el supuesto de que fuera ella quien lo llevó, y en este caso creo saber por cuenta de quién obraba, pero primero hemos de cerciorarnos de que efectivamente fue a ver a Larry.

—De eso me encargo yo. Y va a ser ahora mismo —dijo el inspector, levantándose para marchar.

—No olvide que quizá Larry estuviese inscrito en la pensión con nombre supuesto —hizo observar Michel—. Alan ¿qué cuarto ocupaba?

—El número veintidós —replicó éste mirando sarcásticamente a su compañero, que bajó la cabeza esperando lo que iba a llegar en cuanto marchase McKintosh.

Apenas éste cerró la puerta tras él, Alan se encaró con el herido y le preguntó:

—¿Por qué te tomas tanto interés por esa chica?

La ironía de su tono no pasó desapercibida para Michel.

—¿Quién, yo? ¡Oh, no sé...! Otro cualquiera hubiera hecho igual —replicó sin mirar a su amigo.

—¿Sí, eh? ¿No estarás enamorado de ella?

—¿Yo enamorado? Ni pensarlo...

—Claro que ni pensarlo. ¿Cuántas veces la has visto?

—No sé. Dos o tres.

—No mientas, Michel. Estoy seguro de que no ha pasado ni un solo día sin veros.

Michel no replicó, y Alan continuó:

—Ahora comprendo por qué rechazabas nuestras invitaciones. Dos son suficientes, y tres son demasiados —agregó imitando la voz de Michel—. ¿No decías que estabas inmunizado contra el amor?

—Déjalo ya, Alan, ¿quieres? —La voz de Michel era suplicante. ¿Qué tal está Alina?— preguntó para desviar la conversación.

—Muy bien.

—¿Cuándo os casáis?

—En cuanto salgamos de este asunto.

—Entonces nos casaremos juntos.

Alan le miró asombrado.

—¿Así están las cosas? —preguntó—. Pues anda que no has corrido poco. Si no fuera porque estás herido te daba un golpe... Pero en fin, hablemos de otra cosa. ¿Quién supones que la envió con el dinero?

—Un amigo de su padre —replicó Michel; y a continuación relató a Alan el resto de la historia—. Oye —agregó al terminar—. Por cierto que debías llamarla por teléfono, diciéndole que me he ido fuera y que no podré verla en unos días.

—Está bien, lo haré —afirmó Alan, saliendo de la habitación después de anotar el teléfono que le dio Michel.

A poco tornó a entrar en la estancia y por su agitación juzgó Michel que algo había ocurrido.

—Apenas acabé de llamar a Janet, llamó McKintosh —dijo Alan atropelladamente ante la muda interrogación de su compañero—. Larry estaba en la pensión con un nombre falso. Esa joven fue preguntando por él poco después de las once de la noche, dejó un paquete para Larry y se fue inmediatamente.

—Sí, tardó poco en salir —confirmó Michel—. ¿No vio a Larry?

—No. Se limitó a dejar el paquete.

—Sería el dinero.

—Seguro. Así, pues, estamos sobre la pista, y de ésta no se escapa el amigo de su papá —afirmó Alan, pero Michel no dijo

nada. Su cerebro trabajaba velozmente desarrollando una sospecha que tomaba cada vez más cuerpo.

—Alan —dijo al fin—: haz el favor de poner un telegrama.

—¿A quién?

—Al jefe de Policía de Adelaida. Dile que te dé, a la mayor brevedad, cuántos datos pueda reunir acerca de un sujeto llamado Silver Bateman. Debió de llegar a Australia hace unos dieciocho años y se ha enriquecido allí, así que no le será difícil... suponiendo que sea cierto.

—¿Quién es?

—El amigo del padre de Janet. Haz el favor de hacerlo. Cuando vuelvas te diré lo que sospecho y te vas a sorprender mucho. Por lo pronto, te juego lo que quieras a que en Australia nadie conoce a ese hombre. ¡Ah! Se me olvidaba, envíale también la fórmula de esas huellas que nos quedan por identificar. Quizá ellos las conozcan.

A pesar de sus deseos, Michel no pudo ver a Janet hasta diez días después. Sin embargo, se las arregló para enviarle una bella postal desde Nueva Orleans.

Tampoco perdió el tiempo durante su forzada inactividad y, por medio de Alan y el inspector, realizó numerosas investigaciones en torno a la persona de *Mr.* Silver Bateman. También recibió un extenso telegrama de Australia que le hizo sentirse orgulloso de las deducciones que había hecho.

El primer día que el médico le permitió levantarse, lo primero que hizo fue ir a ver a Janet. Ésta le recibió, más radiante que nunca, en el delicioso saloncito que tan bien conocía Michel, y durante más de una hora permanecieron juntos.

Fue al final, cuando ya Michel se disponía a marcharse, cuando Janet le dio la noticia.

—Míster Bateman ha organizado una fiesta en su casa para el jueves por la noche y me ha pedido que vaya, pues quiere conocerte.

Inmediatamente Michel se puso en guardia. ¿Sospecharía algo? Pronto desechó, sus pensamientos.

«No haría esto», se dijo.

Seguramente Bateman se sentía ya seguro, después de la marcha

de Larry Bendix, y lo único que deseaba era conocer al prometido de Janet.

—Muy bien. Iré —dijo.

—¡Oh Michel! No sabes cuánto te lo agradezco. Míster Bateman pensaba haber dado una fiesta el lunes, pero la ha aplazado hasta pasado mañana, para que tú pudieras asistir. Es un hombre encantador.

—No lo dudo —aseguró él, y Janet no percibió la ironía de su tono—. Vendré a buscarte el jueves, a las nueve. ¿Te parece bien?

—Ya lo creo. Adiós.

—¿Me despidas así? —preguntó Michel, sonriendo, con la mano apoyada en el pomo de la puerta.

Janet se acercó a él y le ofreció sus labios, que él besó largamente antes de retirarse.

La mansión que míster Silver Bateman habitaba en Richmond era un bello edificio, delicada muestra de los tiempos coloniales.

La fachada aparecía brillantemente iluminada aquella noche y los coches se detenían ante la puerta, después de atravesar el espléndido y bien cuidado jardín, dejando a lo más selecto de la sociedad de Nueva York.

Michel condujo su coche a través de la avenida bordeada de tilos, mientras pensaba para su capote qué cara pondría Bateman cuando se encontrase por segunda vez frente a él. De buena gana habría renunciado a acudir a aquella reunión, pero no podía eludir la amable invitación del anfitrión sin enojar a Janet, y por otro lado —se dijo—, quizá pudiera descubrir algo que fortaleciese la grave acusación que pesaba sobre Bateman.

Paró el coche ante la puerta de la mansión. Un lacayo con librea acudió a abrir la portezuela. Michel se apeó y ayudó a bajar a Janet, que estaba resplandeciente de belleza con su traje de noche.

La joven le condujo, a través de un elegante vestíbulo, hacia una escalera alfombrada, junto a la cual se encontraba Bateman recibiendo a sus invitados.

Era un hombre de unos cincuenta y tantos años de edad. Alto, fornido, de mirada serena y escrutadora. Sus ojos brillaban, inquisidores, debajo de unas finas cejas, y su cabello negro comenzaba a blanquear en las sienes. Todo su rostro respiraba cordialidad.

Cuando Janet efectuó las presentaciones no dio la menor señal de haber reconocido a Michel. Su boca se distendió en una amplia sonrisa y estrechó vigorosamente la mano del agente.

—Janet me ha hablado tanto de usted que tenía unas ganas enormes de conocerle —replicó al saludo de Michel, quien se dijo que aquel hombre era un perfecto artista o era completamente inocente y él había ido demasiado lejos en sus deducciones.

Contestó vagamente al cumplido de Bateman, y éste prosiguió, dirigiéndose a Janet:

—Lleva a tu prometido al salón o a dónde tú quieras. Toda la casa es vuestra. Luego me reuniré con vosotros. Ahora he de atender a mis invitados.

Con un ademán de exquisita cortesía se dirigió hacia un grupo de personas que entraban en aquel momento, mientras Michel se dejaba conducir por Janet, ascendiendo por la amplia escalera hacia un hermoso salón, muy bien iluminado, donde algunas parejas bailaban al compás de la música.

—¿Bailamos? —preguntó Janet, y hubo de repetir su pregunta.

—¡Oh, sí! —replicó Michel, saliendo de su abstracción.

Bailó mecánicamente mientras contemplaba la selecta representación de la sociedad neoyorquina, que se había dado cita aquella noche en casa de Bateman, y su convicción comenzó a flaquear. Era imposible fundamentar una acusación, con las pruebas que poseía, contra aquel hombre, unido por los lazos de la amistad con lo más florido de la ciudad. Todos sus cargos caerían hechos polvo por su influencia y la de sus amigos, que se prestarían a luchar en su apoyo. ¿Cómo habría logrado crearse aquella posición? Debía de ser un hombre muy listo, y, reconociéndolo así, pensó que tenía que reunir pruebas más concretas contra él antes de proceder a su acusación.

Pensando en ello, se dirigió a Janet:

—Salgamos un momento a la terraza, ¿quieres? He de hacerte una pregunta.

—¿Qué te ocurre, Michel? Te encuentras muy raro desde que hemos llegado.

Janet se dejó conducir a la hermosa terraza que caía sobre la puerta principal del edificio y ambos tomaron asiento en un banco.

—¿Qué quieres preguntarme? —interrogó la muchacha.

—Janet, hace unas noches, antes de emprender mi viaje, te vi entrar en una pensión de la calle Ciento Cinco, a las once de la noche. ¿A qué fuiste allí?

Ella interpretó mal su pregunta.

—¡Oh! —replicó sonriendo—. ¿Vas a tener celos ahora? ¿No confías en mí?

—No me lo digas si no quieres, pero te confieso que me gustaría saberlo.

—Pero si no tiene nada de particular. Mister Bateman me llamó por teléfono y me rogó que llevase un paquete a cierto individuo que vivía allí. Me dijo que era una importante cantidad de dinero que le adeudaba, y que en aquel momento no tenía a quién mandar, y que no deseaba ir él en persona. Yo acepté, y él me envió a buscar en su coche, que dejé en la esquina de la calle, y me acerqué a la casa andando. Eso es todo. ¿Dónde estabas tú?

—Pasaba en aquel momento por allí en un «taxi» —mintió Michel—. ¡Uf! No sabes qué peso me has quitado de encima.

Nuevamente Janet interpretó mal sus palabras. Creía haber disipado los celos de Michel, cuando lo que había hecho era darle la certeza de que iba por buen camino; pero ¿querría Janet sostener lo dicho ante un Tribunal? Lo dudaba. El telegrama que recibiera de Australia era concluyente, y lo que en él se afirmaba le permitía suponer que el amor de la joven hacia él se convertiría en odio apenas supiera la verdad. Era una contingencia, que había que afrontar a pesar de todo.

Más de una vez estuvo tentado de declarar a Janet la verdad, pero no se atrevió. Algo le decía que esperase, y Michel esperaba porque le aterraba la idea de destrozarse el corazón de la muchacha.

Mister Bateman los descubrió en su rincón y se acercó a ellos sonriendo. Llevaba en su mano una copa, que dejó sobre una mesita para arrastrar una silla, y sentóse a su lado, hablando volublemente. Su conversación era amena y distraída, y Michel le observaba, escuchándole atentamente.

El tiempo pasaba aprisa y Michel volvió a sumergirse en la duda. Un criado se acercó trayendo los periódicos de la noche en una bandeja.

—Está bien, James —dijo Bateman—. Haz el favor de dejarlos en mi habitación. Luego los leeré.

De pronto Michel le vio parpadear asombrado, como si algo hubiese llamado su atención.

—Espera, James, ¿qué es eso? —dijo. Tomó un periódico al azar: En primera plana campeaba la noticia de la muerte de Larry Bendix, sobre un retrato del pistolero.

Michel había rogado que se aplazará hasta entonces la publicación de la noticia a McKintosh, y he aquí que ahora le iba a servir de piedra de toque para observar las reacciones de Bateman.

Éste tomó el periódico con mano temblorosa, pero enseguida lo volvió a dejar en la bandeja, dueño ya de su tranquilidad.

—Está bien, James. Puedes llevártelo.

El criado se alejó y Bateman tomó la conversación donde la había dejado, pero Michel observó que ya no era tan chispeante y amena como antes. El hombre parecía un poco preocupado, como si su pensamiento estuviera en otro lado, y Michel no dejó de observar su nerviosismo.

Su mano, una mano que tambaleaba inconscientemente sobre su rodilla derecha, atrajo la mirada del agente, que la observó fascinado. Le parecía revivir la escena ocurrida días atrás, cuando un hombre, que se ocultaba tras la potente luz de un foco, efectuaba aquel mismo involuntario movimiento. ¡Ahora ya no tenía la menor duda de que Silver Bateman era el misterioso personaje que le había sentenciado a muerte!

Bateman no pudo resistir más. Se levantó de pronto sonriendo, y exclamó:

—Perdonen ustedes. He de irme. Tengo que hacer los honores de la casa.

Se alejó hacia el salón mientras Michel pensaba que lo que iba a hacer, en realidad, era enterarse de los pormenores de lo ocurrido para ver si lograba averiguar si Larry llevaba encima algún documento que pudiera comprometerle.

Continuó sentado junto a Janet, hablando de mil trivialidades, mientras pensaba que tenía que existir alguna prueba concreta de la culpabilidad de Bateman.

Cuando sus ojos cayeron sobre el vaso que aquél llevaba en la mano cuando se acercó a ellos, pensó que la suerte le favorecía aquella noche. En aquel vaso debían de estar sus huellas. Bastaba con compararlas con las encontradas en la fábrica, y que aún

quedaban por identificar, para obtener una prueba tan clara e irrefutable, que ningún jurado del mundo se atrevería a declarar inocente a Bateman.

Un sentimiento de lástima hacia la muchacha que charlaba alegremente a su lado le conmovió al pensar que iba a derribar a un ídolo, a quién Janet había elevado un pedestal en su corazón; pero antes que nada era el deber, y su mano no vaciló cuando tomó la copa y con sumo cuidado se la guardó en el bolsillo.

XI



RAN cerca de las dos cuando ambos jóvenes se despidieron de Bateman y abandonaron su mansión.

Poco a poco se despidieron los demás invitados y el anfitrión se dirigió a sus habitaciones. Deseaba estar solo para enterarse de la amplia información que publicaba la Prensa acerca de la muerte de Larry Bendix.

Cerrando la puerta cuidadosamente se arrellanó en su sillón y leyó todos los pormenores del suceso, separando con su claro juicio todo aquello que le pareció adorno de los periodistas, para hacer más truculenta la historia.

Cuando terminó de leer se entregó a sus reflexiones: ¿llevaría Larry algún documento que pudiera comprometerle? Estaba seguro de que no; pero, sin embargo, éste era su único temor. No sentía en

modo alguno la muerte del pistolero. Tarde o temprano acabaría así y con ello desaparecería del mundo la única persona que podría haberle descubierto.

¿La única? Al llegar a este punto evocó la figura de Michel. No cabía duda de que aquel policía era de cuidado. ¡Y pensar que lo había tenido en sus manos!

¿Sospecharía Michel de él? No lo creía. Nunca le había visto la cara, y estaba seguro de no haber dejado tras él el menor rastro que pudiera conducir a su descubrimiento.

Ahora ya podría disfrutar tranquilo de las riquezas que había acumulado. No tenía más pesar que el que Janet se hubiera enamorado de aquel hombre; pero pensándolo bien era una ventaja, pues una vez casados, aquello fortalecería su posición en la ciudad.

Míster Bateman no pudo por menos de tararear una canción, ¡Cómo los había engañado a todos! Sonrió al pensar en la perplejidad de la Policía de Nueva York si supiera a quién encubría el pomposo nombre que había adoptado: míster Silver Bateman.

¡Qué bien le había servido aquel nombre!

Sintióse satisfecho, ante el espejo que reflejaba su silueta y exclamó:

—Bravo, Brian, ahora ya puedes usar de tus riquezas cómo te plazca.

Con verdadera voluptuosidad comenzó a desnudarse, cuando unos golpes discretos sonaron en la puerta.

Bateman abrió y se encontró ante el confundido mayordomo.

—¿Qué hay, James? —preguntó—. ¿Qué quieres a estas horas?

—Lamento decírselo, señor —murmuró el mayordomo—, pero ha desaparecido una de las copas talladas en oro y cristal que el señor tiene en tanta estima.

Bateman le miró irritado y luego preguntó:

—¿Quieres decir que alguno de nuestros invitados se la ha llevado?

—No digo eso, señor. Solamente me limito a indicarle que ha desaparecido.

La noticia que poco antes había recibido impedía a Bateman a sentirse generoso. De pronto recordó.

—Ahora que me acuerdo, James. Esa copa debe ser una que usé yo. La dejé en la terraza, sobre una mesa, y allí debe estar.

Pero a los pocos minutos el mayordomo volvió a llamar a la puerta para informarle que la copa no estaba en el lugar que le había indicado.

—Se habrá roto, James. O quizá se la hayan llevado. De cualquier forma no te preocupes por eso. No tiene importancia.

¡No tenía importancia! Él no podía saber que en aquel mismo momento, un perito se disponía a comparar las huellas que acababa de sacar de la copa con otras que permanecían en poder de la Policía, esperando ser identificadas.

Eran cerca de las tres de la mañana cuando Michel, después de dejar a Janet en su casa, entró como una tromba en su habitación.

Alan, que dormía pacíficamente, se despertó sobresaltado, cerrando los ojos deslumbrado por la luz que Michel había encendido al entrar.

—¿Qué pasa, hombre? ¿Es que viene alguien detrás de ti? —interrogó bostezando.

—Levántate, Alan. Hay que trabajar y deprisa.

Aquellas palabras bastaron para que Alan se tirase de la cama, porque sabía que Michel no hablaba en broma. Algo había descubierto y era urgente trabajar sobre ello.

Mientras se ponía en condiciones de acompañarle a la calle, Michel descolgó el teléfono.

—Urgente —dijo cuando se estableció la comunicación—. Póngame con el inspector McKintosh; es muy urgente.

—Deme su número y no se retire del aparato —replicó su interlocutor.

Michel hizo lo que se le pedía y esperó. No habían transcurrido cinco minutos cuando sonó el teléfono y el agente descolgó el auricular.

—McKintosh al habla. ¿Quién es ahí?

—Soy Michel, inspector. ¿Desde dónde me habla?

—Desde mi casa.

—Dígame dónde es y pasará a buscarle. Necesito ir con usted a la Jefatura ahora mismo.

Anotó mentalmente las señas que le dio el inspector y prosiguió:

—Sería conveniente que enviase a buscar algún perito dactilógrafo. Dígale que se reúna con nosotros en la Jefatura.

—No se preocupe. Ese servicio es permanente.

—Mejor que mejor. Espéreme en la puerta de su casa. Ahora mismo vamos para allá.

Un cuarto de hora después recogían a McKintosh y se encaminaban los tres hacia la Jefatura de Policía.

Michel apenas desplegó los labios en todo el camino, y sus acompañantes respetaron su silencio, sin hacerle ninguna pregunta, aunque ardían en deseos de enterarse del motivo que había interrumpido su sueño.

Dio la casualidad de que aquella noche estaba de guardia en la sección dactilográfica Finney, el mismo perito que les había atendido la vez anterior, lo cual iba a simplificar mucho las cosas.

Cuando estuvieron en su presencia, Michel sacó de su bolsillo la copa que había sustraído en casa de *Mr.* Silver Bateman, que llevaba cuidadosamente envuelta en un papel blanco.

—Deseo que saque las huellas que hay en esta copa —dijo al perito—. Quizá haya dos o tres diferentes, pero una de ellas debe de coincidir con aquellas que quedaron sin identificar. ¿Lo recuerda?

—Ya lo creo que sí. Las tengo guardadas. Es cuestión de unos minutos; siéntense.

Pero ninguno de los tres tomó asiento y siguieron con nerviosismo las evoluciones de Finney.

Éste sacó de una cajita un polvo negro, finísimo, casi impalpable.

—Es grafito —explicó.

Cubrió con él aquella parte de la copa que le pareció mejor, después sopló ligeramente, y sobre el cristal que antes parecía estar nítido y transparente, aparecieron una serie de huellas confusamente mezcladas.

—Vamos a fotografiarlas —dijo.

Introdujo la copa en una especie de caja, que cerró herméticamente, y apretó un botón.

Se oyó zumbar un motor durante algunos segundos. Luego el zumbido cesó, y Finney, maniobrando en un extremo de la caja, sacó una película de unas 20 pulgadas de longitud, empapada aún.

—Ahí tienen las huellas ya reveladas. Este aparato tiene una pequeña plataforma, donde he colocado la copa. La plataforma gira y todo el contorno de la copa ha sido fotografiado en esta película.

Examinó ésta cuidadosamente y prosiguió.

—Aquí hay por lo menos tres huellas diferentes. Vamos a ver.

Con unas tijeras recortó las huellas que aparecían más completas y claras, pegándolas sobre cartulinas blancas.

—Voy a ampliarlas —dijo, y salió de la habitación.

Apenas los tres hombres habían terminado de fumar en silencio sendos cigarrillos, Finney regresó de nuevo, llevando en sus manos unas placas del tamaño aproximado a una cuartilla de papel.

—Vamos al negatoscopio —dijo.

En una pequeña habitación adosada al laboratorio había una pantalla, parecida a las usadas en medicina para examinar las radiografías.

Encendió la pantalla y apagó la luz de la estancia, de forma que ésta quedó iluminada solo por el resplandor de aquélla.

—Éstas son las huellas que no logramos identificar —dijo poniendo sobre la pantalla una película en la que aparecían varias huellas.

Luego colocó a su lado una de las películas que acababa de revelar y las comparó un momento con ojos inteligentes.

—Éstas no coinciden —dijo al cabo de un rato.

—Quizá sean las mías —comentó Michel.

El perito quitó la película y puso otra en su lugar.

—Éstas tampoco son.

El examen de la tercera película le llevó más tiempo que las anteriores. Luego se volvió hacia los presentes.

—Éstas son —dijo—. Están un poco borrosas, pero coinciden con las del pulgar y el índice que no pudimos identificar.

—¿Está seguro? —preguntó Michel con voz agitada.

—Segurísimo. No hay la menor duda. Están un poco estropeadas porque aparecen mezcladas con las otras, pero no obstante estoy convencido de que son las mismas. Si sacamos más huellas de la copa, posiblemente aparecerán más claras.

—No es necesario. Ya lo esperaba yo, y lo que me hubiera sorprendido era que no hubieran coincidido.

Los tres hombres salieron del laboratorio y se encaminaron hacia el despacho del inspector.

—¿De dónde sacaste esa copa? —preguntó Alan cuando estuvieron acomodados en él.

—De la residencia que posee en la avenida Custer, en Richmond,

el muy honorable míster Silver Bateman —replicó sarcásticamente Michel.

—¿Le conoce, inspector?

—He oído hablar de él. ¿Está seguro de no haberse equivocado?

—¡Ojalá me equivocara! Por desgracia para mí es cierto, como lo es que tiene el mismo movimiento nervioso que ya sorprendí en él en otra ocasión. Y por si esto fuera poco he comprobado que fue Bateman quien envió a Janet a llevarle el dinero a Larry Bendix.

—Bien. Pues si todo está claro no tenemos más que ir a por él —observó Alan.

—Yo no puedo ir —replicó Michel.

—¿Por qué?

—Porque ya no pertenezco al

F. B. I.

He mandado mi renuncia por telégrafo a Washington, esta noche, antes de ir a casa.

Alan pegó un bote en su asiento y se acercó a Michel, junto con el inspector, cogiéndole por un brazo.

—Pero, en nombre de Dios, ¿te has vuelto loco? ¿Por qué has hecho eso?

—Hay una razón, Alan. Yo no puedo detener a *Mr.* Bateman sin abrir un abismo de odio entre Janet y yo, y puestos a elegir entre ella y mi carrera, la prefiero a ella.

Alan le miró sin comprender. Algún misterio debía de ocultarse detrás de aquello, para que Michel se decidiese a dejar el

F. B. I.,

el Cuerpo al que tanto amaba y al que había dedicado todos sus desvelos.

—Vamos a ver si razonamos un poco, Michel —dijo al fin—, tú nos ocultas algo. Porque no creo yo que una simple amistad, que es lo único que une a Janet con Bateman, sea suficiente para...

Michel levantó su abatida cabeza.

—¿Pero... de verdad no has comprendido aún que él es el padre de Janet? —preguntó.

Transcurrió un buen rato antes de que Alan y el inspector salieran de su asombro.

—Puestas así las cosas, creo que ha hecho usted bien en renunciar —dijo al fin el segundo—. Lo siento por el

F. B. I.

—¿Cómo estás tan seguro de ello? —inquirió Alan—. Y ¿por qué no nos lo has dicho antes?

Para Michel no pasó desapercibido el resentimiento que se encerraba en la voz de su amigo.

—Empecé a sospechar cuando convalecía de mi herida —explicó—. ¿Recuerdas que te rogué enviases un telegrama a Australia? Había una serie de coincidencias que daban que pensar y quería confirmar mis sospechas. A los dos días recibí la contestación. En Australia no había existido nunca un tal Silver Bateman. Poco después llegó otro telegrama aclarándome a quién pertenecían las huellas que acabábamos de identificar, que tú mismo les enviaste.

«Pertenecían a un tal Brian Combe, es decir al padre de Janet, y su historial era de lo más completo que ustedes pueden figurarse. Salteador de Bancos y asesino. Se escapó hace cuatro años de la prisión de Queensland, cuando iba a ser ejecutado, y la Policía australiana daría cualquier cosa por echarle el guante».

»Ahora esas huellas han echado por tierra mi última esperanza de que no fuera el padre de Janet. No te lo dije antes porque esperaba algo... no sé el que, en realidad, que aclarase el dilema en que me encontraba, pero Dios no ha querido que conserve las dos cosas que más amo en el mundo. Me da a elegir y elijo a Janet. Eso es todo».

Michel se levantó para marcharse.

—¿Cuándo van a efectuar la detención? —preguntó desde la puerta...

—Mañana, a primera hora —replicó McKintosh.

—Yo no esperaré tanto —indicó Michel. Se puso el sombrero y salió de la estancia.

Alan y el inspector estaban tan anonadados que no hicieron el menor movimiento para seguirle.

Michel puso el coche en marcha y comenzó a caminar sin rumbo fijo. Distraídamente miró al reloj. Eran las cuatro de la mañana, pero el sueño no había llegado aún a sus ojos, ahuyentado por las ideas que se agolpaban en su cerebro.

Por fin tomó una resolución. Era preciso que él sostuviera una conversación con Brian Combe, antes de que llegase la Policía, para aclarar algunos extremos muy importantes.

Brian Combe no tenía prisa por acostarse aquella noche. Con un buen cigarro puro entre los dientes aspiraba con fruición el aire de la noche que penetraba por el abierto balcón y se sentía feliz. Larry Bendix, el único hombre que le ligaba a su vida anterior y que podía ser para él motivo de intranquilidad, había muerto.

Le había conocido en el curso de su azarosa vida, y se había visto arrastrado por él a aquel último sucio negocio, que tan mal había terminado, con la amenaza de revelar su paradero a las autoridades australianas.

Nunca supo cómo pudo encontrarle Larry, pero lo cierto es que una mañana, hacía unos meses, a poco de llegar él a los Estados Unidos, se presentó en su casa, ofreciéndole, exigiéndole, mejor dicho, dirigir un negocio que había pensado. Larry no tenía el cerebro tan ágil como las manos, y siempre admiró a Brian por su inteligencia.

Éste se negó al principio, pero tuvo que ceder ante las amenazas de Larry, y sólo pudo conseguir de éste que su personalidad permaneciese en secreto para el resto de la banda, y así nació aquella desdichada organización, que Brian dirigía bien a su pesar, con la amenaza del pistolero siempre pendiente sobre su cabeza.

Ahora, éste no podía hacerle ningún daño y Brian pensaba disfrutar sus riquezas llevando una vida honrada junto a su hija.

Estaba seguro de haber despistado a la Policía australiana. Hacía cuatro años que había logrado fugarse del presidio, y hasta que regresó a los Estados Unidos, seis meses atrás, recorrió medio mundo, multiplicando su capital, a la vez que borrando sus huellas.

¿Cómo reaccionaría Janet cuando supiera que él era su padre? Esperaba que bien, pues no en vano se había esforzado en hacerle agradable. Si acaso le reprocharía el que no se lo hubiera dicho desde el principio, pero ya inventaría él cualquier excusa para convencerla.

El timbre del teléfono que tenía sobre su mesilla de noche comenzó a sonar, arrancándole de sus meditaciones.

Calmosamente tomó el auricular.

—Diga.

La voz de Janet llegó desde el otro lado.

—¿Es usted, *Mr.* Bateman? Creí que estaría ya acostado, pero, a pesar de ello, le he llamado.

—¿Para qué? Deberías de estar durmiendo.

—Me gusta charlar con usted —replicó ella, y el alma de Brian Combe se llenó de gozo—. Además no puedo dormir, ¡soy tan dichosa!

—¿Le quieres mucho, verdad?

—Sí —confesó Janet, y transcurrió un largo silencio antes de que prosiguiera—. Y él también me quiere a mí, estoy segura, porque tiene celos.

—¿Qué tiene celos? ¿Cómo lo sabes?

—Me vio entrar en la pensión donde vivía aquel hombre a quién llevé el encargo que usted me dio. Estaba furioso esta noche y no se ha calmado hasta que le he dicho que fui porque usted me rogó que llevase un recado urgente. ¿Qué le parece?

Si Janet hubiera visto el brusco cambio que se operó en el rostro de su padre, se habría alarmado mucho. Sin contestar a la muchacha, Brian colgó el teléfono descorazonado, mientras pugnaba por evitar que una lágrima rodase por su mejilla, al ver destruidos sus sueños de felicidad.

¡Tanto luchar para vivir feliz junto a su hija, para verlo todo estropeado a última hora! Se dejó caer como una masa inerte en el sillón, donde poco antes soñaba lisonjeramente y ocultó la cabeza entre sus manos, entregado a su desesperación.

No se le ocultaba lo que significaba aquello.

Era el fin. Ahora se explicaba la desaparición de la copa, y no tuvo ninguna duda de dónde se encontraba. ¡Qué tonto había sido en mandar a Janet a la pensión de Larry! Pero ¿cómo podía él figurarse que su hija estaba prometida al hombre que seguía su pista?

Fue precisamente esto lo que hizo que Michel sospechase de él y se llevó la copa seguramente para comparar sus huellas con algunas otras que había encontrado Dios sabía dónde.

Todos estos pensamientos pasaron por su cerebro como un remolino, y al final sólo quedó en él una terrible realidad: la de que nunca más podría recuperar a su hija.

Entonces una sola idea le obsesionó: huir. Huir y cuanto antes mejor, pues la Policía no tardaría en presentarse en su casa, con Michel a la cabeza.

—Para esto no merecía la pena haber vuelto a la vida honrada

—murmuró.

De pronto volvió a ser el hombre de acción de siempre. De un armario ropero sacó un pequeño maletín, que llenó apresuradamente de ropa; luego recogió cuantas alhajas, dinero y objetos de valor había en la casa, y cuando lo tuvo todo reunido lo repartió entre el maletín y sus bolsillos, pero aún quedaba algo por hacer.

Con su estilográfica redactó rápidamente con mano trémula una carta, dirigida a Janet, en la cual la informaba de que asuntos urgentes reclamaban su presencia en Australia y que no volvería a los Estados Unidos, por lo cual la rogaba aceptase su casa con cuánto tenía dentro, como obsequio por haber alegrado aquellos días de su vida. Luego metió la carta en un sobre, escribió en él la dirección de la muchacha y la dejó en la repisa de la chimenea, seguro de que no tardaría en llegar a sus manos.

Con una mirada de tristeza se despidió de la habitación donde tanto había soñado y se dispuso a salir.

En aquel momento unos golpes discretos sonaron en la puerta.

—¿Quién es? —preguntó.

—Soy James, señor.

—¿Qué quieres a estas horas?

—Un señor desea verle. Dice que es muy urgente. Es el mismo que estuvo aquí esta noche con la señorita Janet.

Brian sintió que las piernas le flaqueaban. Había ocurrido lo que temía. ¡La Policía le había ganado por la mano! ¡Todo estaba perdido! Una desgana terrible de luchar, de no hacer nada por escapar le invadió de pronto.

—¿Qué le digo, señor? —preguntó James al otro lado de la puerta.

—Hazle subir —decidió por fin.

Parecía que Michel estaba escuchando detrás del mayordomo, pues apenas Brian dejó el maletín sobre la cama cuando la puerta se abrió y el agente se encontró delante de él.

Durante largo rato se miraron ambos sin decir ni una palabra. Luego los ojos de Michel abarcaron la habitación y no dejó de percibir los preparativos de fuga de Brian.

—Siento molestarle a estas horas, *Mr.* Combe —dijo Michel, por decir algo.

Brian le miró de nuevo.

—¿Cómo lo supo? —preguntó con voz ronca.

—Eso no importa ahora. El caso es que lo sé.

—¿Lo sabe... ella?

Michel negó con la cabeza.

—Es mejor que no lo sepa... nunca —murmuró.

—Quizá tenga usted razón. Bien. Usted ha ganado. Supongo que viene a detenerme.

—No, señor. Ya no pertenezco a la Policía. He presentado mi renuncia esta misma noche.

Oscar se dio cuenta inmediatamente de los motivos que le habían impulsado a hacerlo.

—Ya... —murmuró, mientras pensaba que aún, podía huir. Su mano se movió hacia la pistola, que colgaba bajo su sobaco izquierdo. Michel lo vio, pero no hizo el menor movimiento. La mano de Brian cayó de nuevo.

—No puedo matarle —murmuró con voz ronca—. Debería hacerlo, pero no puedo. Janet le ama y yo no quiero que ella me odie.

—La Policía no tardará en llegar —hizo observar Michel—. Aún podría usted escapar, pero vaya donde vaya seguirá su rastro hasta dar con usted. No tiene escape posible.

—A mí no me cogerán. Soy demasiado listo para ellos.

Tomó de nuevo el maletín, y en aquel momento se dejaron oír los aullidos de la sirena de un coche de la Policía, que se acercaba velozmente hacia la casa.

—Me voy antes de que sea tarde —agregó Brian—. Supongo que usted no se opondrá. Es usted la única persona a la cual me puedo rendir sin defenderme.

Michel volvió la cabeza negativamente y Brian continuó:

—Adiós. Haga usted muy feliz a... a mi hija.

La emoción le ahogaba. Tendió su mano a Michel, pero éste fingió no verla, y en vista de ello, Brian, después de mirarle tristemente, se encaminó hacia la puerta y desapareció por ella en el mismo instante en que el coche de la Policía se detenía ante la puerta del jardín.

No habían transcurrido cinco minutos cuando los pasos de los agentes resonaron en la escalera.

Michel encendió un cigarrillo y esperó. Se sentía como flotando en el aire, como ajeno a cuánto le rodeaba. Era un espectador que se disponía a presenciar el último capítulo de una tragedia en la que él había tomado parte activa, y se aferró a la idea de permanecer neutral en el final que se aproximaba. No quería ayudar a escapar al padre de Janet, porque le repugnaba la idea de que un criminal pudiera evadirse a la acción de la justicia, pero tampoco ayudaría a la Policía, ahora que ya no pertenecía a ella. Era, simplemente, un testigo que observaba los acontecimientos.

La puerta se abrió bruscamente, y Alan y el inspector se detuvieron en el umbral y se quedaron contemplando a Michel, que permanecía de pie en el centro de la estancia.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Alan sorprendido, y Michel no dejó de percibir la sospecha que encerraba su pregunta, pero no replicó.

—¿Dónde está? —Tornó a preguntar Alan.

—Se ha marchado.

—¿Viniste a avisarle?

—¿Me crees capaz de eso? Vine a hablar con él, simplemente... pero os sintió llegar y huyó.

—¿Por qué no le detuviste?

Michel se quitó el cigarro de la boca.

—¿Quién, yo? —dijo—. ¿Con qué autoridad iba a hacerlo? Recuerda que presenté la renuncia.

Alan no se molestó en hacerle ningún reproche, porque se daba cuenta de la amargura de sus palabras.

—Vamos, muchacho —terció McKintosh—. Estamos perdiendo un tiempo precioso. No puede estar muy lejos.

Descendieron velozmente la escalera, y al llegar al espacioso vestíbulo de la casa percibieron el ruido de un coche que se alejaba por la enarenada avenida del jardín.

—Pronto —exclamó Alan—. ¡Al coche! Va a escapar.

Corrieron hacia la puerta del jardín, donde había dejado estacionado su automóvil, y cuando llegaron a ella, Brian se encontraba ya en la carretera y se lanzaba a una velocidad vertiginosa.

Michel salió también y subió a su coche, emprendiendo la marcha detrás de los que le precedían.

El coche perseguido avanzaba velozmente. Brian, con los ojos fijos en la cinta de la carretera y las manos agarrotadas sobre el volante, intentaba penetrar las tinieblas que se extendían siempre más allá del débil foco de luz, único que llevaba encendido.

La momentánea alegría que le invadió al principio, al comprobar que había dejado atrás al coche de la Policía, se esfumó al verse de pronto envuelto por la clara luz de los faros de sus perseguidores, que se acercaban a él por momentos.

Estaban ya tan sólo a cincuenta metros de él, y la distancia seguía reduciéndose rápidamente, a pesar de que mantenía pisado a fondo el acelerador.

Era una persecución implacable, cruel, que se llevaba silenciosamente a cabo, en la negrura de la noche. Los cincuenta metros quedaron reducidos a treinta, y fue en este momento cuando el conductor del coche de la Policía, obedeciendo la orden del inspector, apretó el dispositivo que elevaba el cristal del parabrisas.

El aire les azotaba la cara, pero, a pesar de ello, Alan se echó a la cara el pequeño fusil ametrallador que le había entregado McKintosh y apuntó cuidadosamente antes de apretar el gatillo.

—Tire a las ruedas. A ver si podemos cogerle vivo.

La ráfaga de proyectiles alcanzó ambas ruedas traseras del coche que conducía Brian, el cual perdió aún más velocidad, a la vez que comenzaba a describir eses, que le aproximaban peligrosamente al empinado terraplén que bordeaba la carretera.

Brian apretó los dientes mientras hacía grandes esfuerzos por controlar de nuevo el volante, pero al tomar una pronunciada curva de la carretera, no pudo evitar que el automóvil girase bruscamente y se lanzase hacia el terraplén.

Por un momento el coche pareció suspendido en el aire y luego se hundió rodando por la empinada pendiente, rebotando contra las rocas y los árboles, hasta llegar al fondo del terraplén, mientras el coche perseguidor detenía bruscamente su marcha.

—Alumbra con los faros —ordenó Alan al conductor, mientras, acompañado por el inspector, se lanzaba por la cuesta abajo.

El conductor giró hacia abajo el faro supletorio del coche y la luz envolvió el automóvil de Brian Combe, que aparecía destrozado y volcado sobre uno de sus lados.

Entre Alan y el inspector sacaron a Brian de entre los restos del

coche y lo tendieron en el suelo. Luego, Alan se arrodilló a su lado.

—Respira todavía —dijo, poniéndole una mano sobre el pecho. Pero está muy mal.

Un fino hilillo de sangre corría por la cara de Brian, procedente de un orificio que tenía en la sien derecha. Lentamente abrió los ojos y sonrió, pero su sonrisa no iba dirigida a Alan, sino a Michel, que acababa de surgir junto a él.

—No podré escapar de la justicia de Dios, pero sí de la de los hombres —murmuró el herido.

Hizo una seña con la mano a Michel, y el joven se arrodilló a su lado, frente a Alan, inclinándose hacia Brian.

—Acérquese más —pidió éste con voz débil—. Quiero decirle algo... En la chimenea... dejé una carta explicándole a ella... la ausencia de Bateman... Hágala llegar... a sus manos... Luego... dígame que su padre murió... cuando venía de Australia a reunirse con ella... Invente cualquier cosa... Un accidente de aviación, lo que usted... quiera... ¿Lo hará?

—Se lo prometo —ofreció Michel con voz ronca.

La voz de Brian era más débil cuando continuó después de una pausa.

—Gracias, muchacho... No me guarde rencor... Hágala muy feliz... pero que no sepa nunca que su padre... fue un cri...

No pudo terminar la frase. Sus ojos se posaron en un punto fijo del espacio, tornándose vidriosos, mientras sus pupilas se empequeñecían.

Luego su cabeza giró hacia un lado y quedó inmóvil.

Michel y Alan se incorporaron y los tres hombres se descubrieron ante aquel cuerpo, del cual acababa de huir la vida.

Michel le miró silenciosamente.

Ahora simpatizaba con él, al descubrir la clase de hombre que había llevado dentro. Seguramente eligió el camino del crimen porque ninguna mano se tendió hacia él para enseñarle otro, pero aquel acto que acababa de realizar, pensando solo en la felicidad de su hija, borraba sus hechos anteriores.

El inspector Hunter, del

F. B. I.,

se quedó asombrado cuando recibió el telegrama en el que Michel

le anunciaba su renuncia, y se negó a aceptarla hasta hablar personalmente con él.

Estaba a punto de partir para Nueva York, para entrevistarse con el muchacho, cuando recibió otros dos telegramas juntos.

Uno de ellos era de Michel, y anulaba el anterior. Fue el telegrama que con más alegría puso jamás hombre alguno, porque en él anunciaba al mismo tiempo a su superior que pensaba contraer matrimonio con la linda muchacha que tenía al lado, la cual oprimía cariñosamente su brazo mientras él escribía el texto del telegrama.

Cuando abrió el de Alan, el inspector Hunter se sonrió bonachonamente y exclamó:

—Los muchachos del

F. B. I.,

somos estupendos en todo. Para ser más originales hasta nos casamos por parejas.

Y se sintió rejuvenecido al llamarse muchacho a sí mismo.



O. C. TAVIN

el famoso novelista que ha escrito obras tan admirables como LA REDADA y ¡TRAICION!, resurge en un estilo nuevo e impecable con un argumento dinámico, original y ameno. Su nueva creación es

A la desesperada

Un jefe de «gang» pierde la protección de sus compañeros de latrocinio. El F. B. I. le sigue la pista. El se desespera y emprende una fuga cobarde, huyendo de las pistolas que le amenazarán de un instante a otro. Recurre a sus amistades, a los que temblaban anteriormente en su presencia y ahora le niegan un asilo. Es el rey del crimen, destronado, pasando la angustia que sufrieron muchas de sus víctimas...

A la desesperada

es una obra cumbre en su género, por la descripción tan profunda que hace el autor de un espíritu atormentado por el miedo a la muerte. Detalles, hechos, violencias, asesinatos, todo pintado por una magnífica pluma que sabe calar en los sentimientos humanos.

A la desesperada

APARECERA PROXIMAMENTE EN LA

COLECCION

F. B. I.

NOTAS

[1] Este es uno de los muchos nombres con que se designa a Brooklyn. < <